

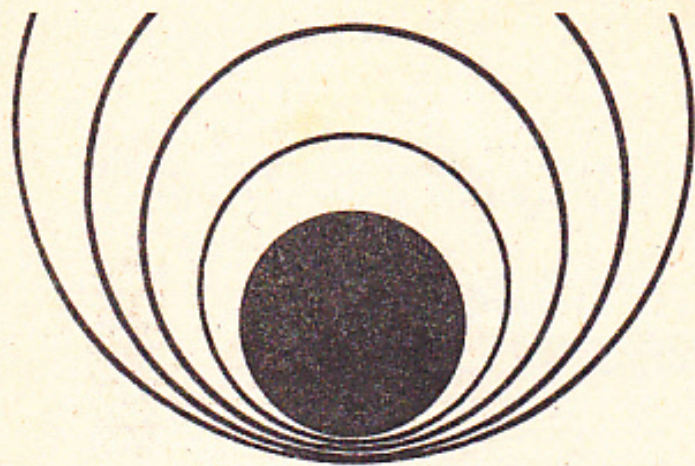
BOLSIBROS
BRUGUERA

PUNTO
ROJO

MIEDO EN LAS VENAS

Donald Curtis





PUNTO ROJO



DONALD CURTIS
MIEDO EN LAS VENAS

Colección PUNTO ROJO n.º
1.051 Publicación semana!



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.431 — Del color del cobre.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

1.495 — He venido a matarte.

En Colección SALVAJE TEXAS:

205 — El revólver es mi ley.

En Colección COLORADO:

741 — Mi hermano el diablo.

En Colección ASES DEL OESTE:

630 — Sin nombre ni pasado.

En Colección BRAVO OESTE:

561 — Quema la tierra.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

124 — Alcohol en las venas.

En Colección CALIFORNIA:

787 — La sombra de la soga.
En Colección BUFALO SERIE AZUL:
60 — ¡Killer!
En Colección KANSAS:
939 — El retorno del Halcón.

ISBN 84-02-02520-X Depósito legal: B. 15.429-1982

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: junio, 1982

1.a edición en América: diciembre, 1982

© Donald Curtis - 1982

texto

© Almazán - 1982

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del
Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1982

CAPITULO PRIMERO

Sólo recuerdo borrosamente lo sucedido.

Y sin embargo, allí comenzó todo para mí. La pesadilla, la angustia. La muerte, el miedo...

Sobre todo, el miedo.

Más que la misma muerte, llegué a sentir horror, por mi propio miedo, mi increíble y casi inhumano miedo a algo que ni siquiera sabía lo que era, que no parecía existir en ninguna parte.

Pero que yo sabía que estaba allí. Dentro de mí. Formando parte de mi propio ser. De mis sentimientos, de mis ideas, de mi forma física, de mi mente, de mi alma.

A pesar de todo lo que ello significó en mi vida, paradójicamente apenas si puedo recordar el principio de todo ello. Es como una sucesión de imágenes borrosas confundidas en mi mente. Como si alguien hubiera removido un archivo de imágenes fotográficas, dejándolo desordenado e incoherente. O como si se hubiesen filmado, sobre un mismo negativo, siete u ocho escenas distintas.

Así recuerdo ahora, cuando vuelvo la vista atrás, el momento en que se inició para mí la más estremecedora pesadilla que un ser humano puede sufrir. Una pesadilla que habría de marcarme para siempre. Y de la que ni siquiera ahora sé exactamente cómo pude salir.

Fue una mezcla de ruidos, voces y confusión. Es lo que recuerdo mejor: vidrios rotos, convertidos en azúcar cristalina, lloviendo por todas partes. Crujido de metal abollado y retorcido, gritos de terror en alguna parte, luces que parecían estallar ante mis ojos, cegándome.

Luego, una sensación extraña de dolor y de agonía, un repentino oscurecimiento de todo. Y la pérdida de conocimiento.

Así comenzó. O así lo recuerdo yo.

Después, nada. Oscuridad, silencio, vacío. Como si hubiese muerto.

Hasta que el despertar me reveló que no. Que seguía vivo. Y que el accidente que pudo costarme la vida, sólo me había producido unas heridas aparatosas, profundas, de las que manó abundante sangre. Tanta, que fui internado en aquel hospital en estado desesperado a causa de la pérdida sanguínea.

Eso me lo contaron después, claro está. Al recobrar el conocimiento, estaba demasiado débil y demasiado torpe para entender nada. Vi vendajes por todas partes: mis manos, mi cuerpo, mi cabeza...

Y alguien que sonreía, una enfermera bastante atractiva, diciéndome algo así como:

—Esté tranquilo. Todo va bien. Está fuera de peligro.

Volví a hundirme en un sopor posiblemente debido a los sedantes administrados por los médicos. Pero entonces ya no fue un vacío silencioso y oscuro. Tuve pesadillas, sueños horribles, en los que veía mi cuerpo despedazado entre millares de vidrios rotos, afilados y punzantes como agujas. Me contemplaba a mí mismo, ensartado por esos vidrios, chorreando sangre, mientras rostros descarnados y cadavéricos reían en torno mío, en macabra expectativa, para terminar alargando unas manos huesudas y tétricas, que sepultaban en los rojos charcos de mi sangre.

Tuve muchos sueños parecidos a ése. Despertaba bruscamente, bañado en sudor, sintiendo arder mi piel a causa de la maldita fiebre que me consumía. Invariablemente, los médicos me inyectaban en cuanto comprobaban mi estado, pero eso no me mejoraba gran cosa. Mi único alimento era el suero, y me sentía débil y agotado como nunca.

De vez en cuando, la imagen benéfica y sedante de la enfermera, sonriéndome dulcemente, rompía esas desagradables circunstancias. Y su suave voz venía a decirme casi siempre lo mismo:

—Vamos, vamos, debe tranquilizarse. Todo marcha muy bien ahora. Va mejorando por momentos...

Quizás ella tenía razón. Pero yo no lo notaba.

Recuerdo, sin embargo, que un día desperté sintiéndome algo mejor, no sé si porque realmente lo estaba, o porque un sol cálido y luminoso penetraba por la ventana, llenando de claridad y alegría la habitación hospitalaria.

Mi enfermera sonrió ese día más ampliamente, puso su mano fresca y suave en mi frente, y me dijo con su más dulce acento:

—¿Lo ve? Ahora sí que está mejorando rápidamente. ¿Se siente bien?

—Sí —tuve que responder, con una voz apagada y turbia que no reconocí siquiera como mía.

Ella suspiró, complacida, al captar el monosílabo en mis labios. Evidentemente, eso significaba una gran mejoría para la enfermera, después de tantos días de mutismo por mi parte.

Ya no notaba fiebre. Pero humedecí los labios con la lengua.

—Tengo sed —dije—. Mucha sed.

Ella asintió, tomando de la mesilla una jarra con zumo de naranja. Puso algo en un vaso y me lo aproximó a los labios.

—Beba —invitó—. Despacio. Y no demasiado.

Me costó obedecerla. No me quitó la sed, pero refrescó mi boca.

Ella retiró el vaso cuando había tomado dos sorbos. La miré agradecido.

—Ah... —suspiré—. Sigo teniendo sed.

—Lo comprendo. Luego tomará más líquido. Tiene que hacerlo poco a poco.

La contemplé pensativo. Traté de ordenar mis ideas sin mucho éxito.

—¿Qué me pasó, exactamente? —quise saber.

La enfermera enarcó las cejas. Me estudió, como si dudara en responderme. Quizás pensaba que era poco tiempo para meterme ya a conversar ampliamente con alguien. Pero aun así, me respondió con brevedad:

—Casi se mata. Se estrelló con su coche. ¿No lo recuerda?

Negué con la cabeza. Y empecé a evocar algo: vidrios rotos, un choque, gritos, luz de faros, sangre, dolor...

—No recordaba nada —musité—. Ahora sí creo tener cierta idea...

—No hable demasiado. No aún. Volveré luego y charlaremos. El doctor también tiene que hablar con usted. Ahora repose un poco. Le traeré después unas revistas para que lea y se distraiga. No tome más líquido. Pídamelo a mí siempre que tenga sed.

Asentí, empezando a sentirme amodorrado de nuevo. Ella abandonó la estancia con un breve y rápido taconeo. Estaba lo bastante despierto ya como para advertir que, bajo su blanco uniforme, tenía un bonito trasero y unas preciosas piernas. Cerré los ojos. Eso era prueba de que estaba mejor. Siempre me ha gustado mirar al trasero a las chicas. Bueno, siempre me ha gustado mirarles todo a las chicas, para ser sincero. Eso, por tanto, era señal de mejoría, de normalidad.

Me dormí nuevamente. No sé cuánto estuve así, pero al despertar, el sol ya había desaparecido de la ventana, y la tarde tenía un color azulado que iba oscureciéndose por momentos. Algunas luces de la ciudad comenzaban a hacer guiños ya tras la vidriera, en los edificios urbanos que me eran visibles desde allí.

Se abrió la puerta poco después. Un hombre alto, con cabello canoso, gafas de montura metálica y gesto afable, entró en la habitación. Llevaba una bata blanca corta, y las manos en los bolsillos. Me miró críticamente.

—Buenas tardes, señor Lamont —saludó—. ¿Cómo se encuentra?

—Bien —murmuré—. Tengo sed. Y creo que algo de hambre, doctor...

—Eso está bien —aproboé él, tomándome el pulso y examinando el gráfico al pie de mi cama—. Tomará un poco de zumo ahora. Dentro de una hora le servirán un caldo y algo de verdura. Por hoy será todo. Mañana podrá empezar a tener unas comidas más gratas.

—¿Tan mal estuve, doctor?

—Peor que eso —sonrió él—. Estuvo gravísimo. Se nos moría en las manos cuando operamos sus heridas. Había perdido casi toda su sangre.

—¿Y... qué pasó?

—Tuvimos que hacerle una transfusión, claro. Pero no fue sencillo. No disponíamos de sangre de su grupo en nuestro hospital. Lo pedimos a otros, y tampoco había. Por fortuna, se presentó un donante cuando solicitamos por radio sangre de ese grupo tan raro y poco usual que usted tiene.

—Sí, lo recuerdo bien —asentí—. Cuando me facilitaron el grupo sanguíneo para mi documentación, me dijeron que tendría problemas si algún día sufría una hemorragia profunda...

—Y vaya si los tuvo. Usted, para sobrevivir. Nosotros, para salvarle la vida, señor Lamont. Algunas de sus heridas fueron en estómago y abdomen, de ahí las precauciones para alimentarle por el momento. Pero nada tema. Todo está resuelto ya. Cuando salga de aquí, no se resentirá de sus heridas ni quedarán consecuencias de ellas.

—Gracias, doctor. Han sido ustedes magníficos conmigo...

—Estamos aquí para eso —sonrió él—. La señorita Larsen te traerá algo para leer, si se siente animado, hasta la hora de la cena.

—Sí, doctor.

Abandonó la estancia. Me quedé a solas con mis pensamientos. Traté de pensar, de recordar cómo pudo sucederme aquel accidente que casi termina con mi vida. No me fue posible concentrarme demasiado en eso. Estaba aún con la penosa evocación del accidente en sí, cuando entró mi enfermera con unas cuantas revistas ilustradas que puso sobre la cama.

—Para usted —sonrió—. El doctor me ha dado las buenas noticias. Esta noche cenará algo, cuando menos. Y mañana ya podrá tomar algo de pescado. Tiene usted una naturaleza admirable. Otra persona no hubiera sobrevivido a ese accidente, estoy segura.

—¿Ni siquiera con la transfusión de sangre en su momento? —inquirí.

—Ni siquiera eso. Ya le habrá contado el doctor el problema de su sangre...

—Sí, ya me lo ha contado. Mala cosa tener un grupo tan raro...

—Estuvo más de cuatro horas en trance de morir hasta que le aplicaron el primer litro de sangre. Con eso soportó hasta una nueva transfusión del mismo individuo. Y eso bastó.

—Me gustaría agradecerle el favor al donante...

—No creo que pueda hacerlo —sonrió ella—. Se marchó en

seguida que estuvo recuperado de sus dos abundantes donaciones en el período de sólo una semana. Por eso digo que otra persona, en su lugar, no hubiese aguantado tantos días con sólo dos transfusiones espaciadas. Y aun éstas, se hicieron contraviniendo las normas más elementales en la materia, pero el hombre insistió en ello, y no había otra solución si querían salvar su vida. Encontrar a otro donante de igual grupo sanguíneo hubiera llevado semanas enteras.

—Sí, comprendo... —musité, afirmando con la cabeza lentamente—. Tuve mucha suerte.

—Y mucha resistencia. Es usted muy fuerte, señor Lamont.

No dije nada. Quizás ella tenía razón. Pero interiormente, pensé que todo se lo debía a una persona a quien ni siquiera conocía. A un anónimo donante, un hombre cualquiera, a quien nunca había visto, que con su sangre salvó mi vida. Y así pensaría siempre, me dijeran lo que me dijeran.

Todo ocurrió conforme me anunciaron médico y enfermera. Mejoré progresivamente, ya no volvieron los estados febriles, y mis comidas casi eran normales, como antes de sufrir el accidente, aunque todavía procuraban que fuesen lo bastante ligeras para no complicar mi estómago. Comencé a pasear por el corredor encristalado primero, y luego por el jardín, al que descendía en una silla de ruedas que luego me reintegraba a mi habitación.

Me iba sintiendo más fuerte por momentos. Pero había algo que, sin duda, intrigaba a mi médico y a mi enfermera y que un día, finalmente, ella se decidió a preguntarme cuando me ayudaba a descender con mi silla de ruedas en el ascensor.

—¿Por qué no le visita nadie, señor Lamont? —se interesó.

Me quedé pensativo, ceñudo. Era una pregunta que había estado esperando en todo instante y que, forzosamente, tenía que llegar tarde o temprano. No me gustaba, pero tenía que responderla de un modo u otro. Decidí decir la verdad escueta.

—No tengo familia, enfermera Larsen.

—Entiendo —pareció arrepentirse de haberlo preguntado—. Lo siento. Pero pensé que sí podía tener amigos...

—No en esta ciudad —suspiré, moviendo la cabeza—. Llevo poco tiempo residiendo aquí. No, tampoco tengo amigos. Nadie que se interese por mí.

—Bueno, soy una tonta —suspiró ella a su vez—. No debí preguntarle.

—¿Por qué no? Era lógico que lo hiciera. Supongo que aquí, todo el mundo recibe visitas un día u otro.

—Así es. Usted es de California, ¿verdad?

—Sí. De San Francisco.

—Nueva York está muy lejos de esa ciudad, señor Lamont —sonrió.

—Mucho —asentí, mirándola—. Por eso estoy aquí ahora. Me gusta estar lo más lejos posible de muchas cosas. Y de algo que dejé allí.

—¿Una mujer acaso?

Me quedé sorprendido. Salimos del ascensor y me condujo a través del amplio salón, hacia la rampa que descendía al jardín del hospital.

—¿Cómo lo supo? —pregunté a mi vez.

—Intuición femenina. Si huye de algo y no tiene familia ni amigos, lo lógico era pensar en una mujer.

—Allí, en San Francisco, sí tengo amigos —objeté—, Pero tiene razón: se trata de una mujer.

—¿No se portó bien con usted?

—No demasiado bien. Pero dudo si yo me porté bien con ella. Como sea, es un caso pasado. Rompimos antes de venir yo a Nueva York.

—Entiendo. Usted es artista, ¿verdad? Lo leí en su ficha médica...

—Sí, algo así. Dibujante y pintor. Me ocupo de publicidad. Y a veces de otra clase de trabajos menos comerciales y más artísticos. Pero éstos dan menos dinero. Por eso vivo del trabajo publicitario. Pero soy independiente. Lo hago para diversas empresas. Ahora, todas ellas se estarán preguntando qué habrá sido de mí.

—¿Por qué no les informa de lo ocurrido? Nosotros mismos podemos hacerlo.

—No, déjelo. Volveré a verles cuando salga de aquí. Si sigo trabajando con ellos, tanto mejor. Si no... me buscaré otras. Trabajo nunca falta para mi especialidad. Dicen que soy realmente bueno.

—Lo creo —asintió ella.

—¿Por qué ha de creerlo? —repliqué, mientras paseaba por el jardín, tras dejar mi silla de ruedas en un rincón, junto a un seto, acompañado por mi enfermera—. Usted ni siquiera ha visto uno de mis dibujos. Si tuviera aquí material, le haría un retrato.

—¿De veras haría eso? —se entusiasmó como una chiquilla, y sus bonitos ojos azules brillaron con viveza—. Dígame lo que necesita, y se lo traeré. Si no es mucha molestia para usted, claro.

—Al contrario. Eso me distraería, ayudándome a sobrellevar este periodo de convalecencia, señorita Larsen.

—Entonces, hecho. Usted me da una lista de lo que precisa, y

mañana lo tendrá en su habitación. Al doctor Hillman le gustará la idea. Dice que la mejor terapia para un paciente en trance de recuperación es entretener su ocio en algo que realmente le guste.

—De acuerdo, señorita Larsen —sonreí—. Bastará con un cuaderno de dibujo y unos lápices blandos, carboncillo y otro lápiz duro. Será suficiente.

Cuando regresé esa mañana a mi habitación, casi estaba tan ilusionado como ella. Estaba deseando volver a dibujar. Trazar la figura y el rostro de una joven tan encantadora resultaría relajante para mis nervios.

Esa misma tarde, sin embargo, algo alteró la monotonía de mi hospitalización y me hizo pensar bruscamente en otras cosas mucho más sombrías y extrañas.

Todo empezó cuando el doctor Hillman, con rostro preocupado, asomó su canosa cabeza por la puerta, y el sol que entraba por la ventana espejeó en sus gafas.

—Tiene una visita, señor Lamont —me dijo.

—¿Una visita? —enarqué las cejas—. No es posible. Nadie me conoce en Nueva York...

—El sí parece conocerle bien —objetó el médico—. Pregunta por Steve Lamont, de profesión dibujante de publicidad, natural de San Francisco de California...

—¿Quién es? —quise saber, realmente perplejo, irguiéndome en la cama.

—Lo sabrá en seguida —suspiró el doctor Hillman, apartándose—. Puede entrar, teniente.

El llamado teniente entró en la habitación. Era un hombre de raza negra, fuerte y enérgico, de pelo muy rizado y mirada entre afable y penetrante. Vestía un traje gris perla, muy bien cortado, e impecable camisa blanca con corbata azul oscura.

—Buenas tardes, señor Lamont —se presentó cortésmente. Y me mostró una credencial en un portacarnets de piel—. Soy el teniente Roundtree, de Homicidios.

—¿Homicidios? —fruncí el ceño, cada vez más asombrado—. ¿Y qué tengo yo que ver en eso, teniente?

—Es lo que tratamos de averiguar —sonrió a medias—. Tenemos razones para sospechar que alguien manipuló en su coche, provocando la ruptura de la dirección en un momento dado. Vamos, que su accidente bien pudo ser un intento de asesinato, ¿comprende?

CAPITULO II

Intento de asesinato.

La información me dejó estupefacto. Y aterrado.

Yo, un desconocido en Nueva York, sin familia ni amigos, y por tanto también sin enemigos, había sido víctima de un intento de asesinato, según aquel policía de color.

Absurdo. Era totalmente absurdo e incongruente. No tenía el menor sentido.

—Sin duda se equivoca, teniente —pude al fin articular—. Nadie podría tener el menor interés en eso. Llevo sólo un mes en Nueva York. Y no tengo amigos ni enemigos. Sólo unas escasas relaciones comerciales, y nada más.

El oficial de policía me miraba fijamente. Su rostro oscuro tenía un leve brillo por la transpiración. Era un día soleado y bastante caluroso.

—Sin embargo, señor Lamont, los expertos que han revisado su coche han encontrado signos de manipulación en el mismo punto donde falló al sufrir el accidente. Aparentemente, dejaron todo a punto para que, a los pocos minutos de estar conduciendo, su coche perdiera el rumbo por completo y se estrellara. ¿Acostumbra a viajar usted a mucha velocidad?

—A bastante, sí —tuve que admitir.

—Bien. Eso lo sabía el asesino, sin duda. Fue un trabajo de expertos.

—¿No caben dudas sobre eso? —objeté.

—Desgraciadamente, no. Yo no creo que los expertos de la policía se equivoquen. Ya su compañía de seguros tuvo sus dudas en principio, y nos presentó a nosotros el caso. El examen realizado por los técnicos de seguros y por nosotros, dan un mismo resultado: manipulación intencionada en la dirección del coche. Curioso, ¿no, señor Lamont?

—Más que eso, yo diría que grotesco. ¿Quién podría desear mi muerte, si nadie me conoce?

—En Nueva York, posiblemente nadie le conozca lo bastante para odiarle o desear que usted muera, pero procede de San Francisco. ¿Tampoco allí tiene enemigos?

—No —vacilé ligeramente—. No los tengo, que yo sepa.

—¿Por qué ha dudado usted? —me preguntó, rápido, sentándose al borde de la cama.

—No, por nada —respiré hondo y moví la cabeza—. Está bien. Hay una chica con la que rompí mis relaciones antes de venir a Nueva York. Pero es absurdo que ella desee vengarse de mí por esa razón.

—A veces se ha matado a alguien por mucho menos que eso. ¿Cómo aceptó ella la ruptura?

—Bien. No podía ser de otro modo. Mairon... bueno, la chica en cuestión, tenía un amante. Lo descubrí cuando íbamos a casarnos. Un tipo de dinero que pagaba sus caprichos. Ella no era la chica modosita que fingía, sino una ardiente mujer, capaz de todo por ambición y por deseos. Me dolió mucho averiguar eso. Y decidí romper con ella de inmediato y marcharme de allí.

—Lamento que tenga que recordar esas cosas, señor Lamont — suspiró el policía de color—, Pero debemos buscar un móvil, un presunto responsable, compéndalo...

—Sigo pensando que es un puro disparate. Tiene que haber algún error en todo esto...

—El único error, para el que manipuló ese coche, fue que usted saliera vivo del siniestro, se lo aseguro —el teniente Roundtree hizo unas anotaciones en una agenda, y luego me preguntó—: ¿Nadie más en San Francisco podía tener motivos de resentimiento contra usted?

—No, no lo creo. Nunca me he creado enemigos, si se refiere a eso. Al menos, que yo sepa.

—¿Quiere darme el nombre y dirección de esa joven de San Francisco? Sólo para comprobar si abandonó últimamente aquella ciudad o no.

—Mairon Adams —le dije, añadiendo sus señas—, Pero insisto en que no puede tener la menor relación con esto...

—Eso lo resolveremos nosotros. ¿Sabe el nombre de su amante?

—Claro —le miré sobresaltado—. ¿También eso es necesario?

—Sí, por favor —asintió con suavidad.

—Bruce Sturges. Es un millonario casado y con hijos. Tiene una cadena de supermercados y una factoría de conservas de pescado en la costa de California.

—Muy bien. En su trabajo en San Francisco, ¿algún problema especial con sus compañeros de trabajo o sus jefes?

—No, no —rechacé—. Nada en absoluto. Me llevaba muy bien con todos. Y me marché de allí despidiéndome afectuosamente de todos ellos. Incluso me dieron una cena de despedida y una placa con sus nombres, como regalo. Todo muy bien, como ve.

—Sí, está bien —aceptó de mala gana mi visitante, poniéndose en pie—. Demasiado bien diría yo, para un hombre al que alguien acaba de intentar asesinar, señor Lamont. Investigaremos todo esto. Pero yo que usted, cuando saliera de aquí, procuraría andarme con cuidado y no confiar en nadie por el momento. Si vive usted ahora, es de puro milagro. Me he enterado de los detalles de su accidente, así como de su resistencia a morir cuando necesitaba sangre de su nada frecuente grupo, y debo

felicitarle por seguir aún con vida y con ese saludable aspecto. Recuerde, sin embargo, que, pese a lo que usted pueda pensar, hay alguien ahí afuera que intentó matarle una vez. Y que puede intentar repetir su propósito... Buenas tardes, señor Lamont. Le volveré a ver en cuanto sepa algo...

Y abandonó la habitación, dejándome a solas con mis pensamientos. Con mis temores y mis sorpresas, con mi enorme incredulidad, pero también con mi creciente aprensión.

* * *

—Ha sido un dibujo magnífico, señor Lamont. Gracias. Lo guardaré siempre como un recuerdo de su paso por este hospital.

—No tiene importancia. Pudo haber sido mejor, pero la visita de aquel policía me trastornó un poco durante todos estos días, enfermera Larsen —confesé sonriendo.

—Aun así, es el más bonito retrato que jamás me hicieron. Gracias una vez más. Espero saber de usted alguna vez. Pero nunca por motivos de mi profesión.

—Así lo espero yo también —suspiré, caminando decidido hacia la salida del centro médico donde había permanecido todas aquellas semanas recuperándome de mi grave accidente automovilístico—. Ya sabe dónde me alojo provisionalmente. Y yo sé dónde trabaja usted. Me gustaría mucho que alguna vez nos reuniéramos para hablar de todo esto como de algo ya definitivamente olvidado.

—Usted ya puede olvidar las paredes de este lugar —dijo ella, mirándome con sus hermosos ojos azules muy abiertos y llenos de luz. Estos son sus últimos minutos aquí dentro. Va a volver al mundo, a la vida. Y para siempre.

—Ojalá sea así. Lo que dijo ese policía no resultaba demasiado alentador.

—¿Sospecha de veras que alguien desea matarle? —se inquietó la enfermera.

—No lo sé. Yo, personalmente, quiero creer que no. Pero el teniente Roundtree es un policía y sabe más de esas cosas. El sí parece convencido de que mi vida peligra.

—Entonces... tenga cuidado. Mucho cuidado, señor Lamont —impulsivamente puso su mano sobre mi brazo, y mantuvo sus ojos fijos en mí—. Por si me necesita en alguna ocasión, fuera de este hospital, será mejor que anote mi teléfono y mi dirección...

Lo hice. Audrey Larsen ocupaba un apartamento en una zona céntrica de Manhattan, en compañía de una joven bailarina de revista musical que trabajaba en Broadway, según me dijo. Lo cierto es que anoté esos datos sin pensar seriamente en que pudieran serme de utilidad alguna vez. Estaba muy equivocado en eso, pero entonces aún

no podía saberlo.

—Ahora, adiós —dije, guardando mi agenda y tendiéndole mi mano—. Hasta siempre, señorita Larsen.

—Hasta siempre, señor Lamont —sonrió, algo emocionada—. Pero preferiría que me llamase simplemente Audrey.

—Entonces, hasta pronto, Audrey —sonreía—. Y no olvide que mi nombre es Steve.

—Hasta pronto, Steve —respondió ella, también con una sonrisa animando su bonito rostro de belleza nórdica.

Abandoné el recinto hospitalario y tomé un taxi, dándole la dirección de mi domicilio en Nueva York. Contemplé las calles a través de la ventanilla. La ciudad me parecía ahora más bella y atractiva que antes. Hasta las cosas menos seductoras pueden resultar hermosas cuando uno ha dejado de contemplarlas por un tiempo, sin saber si volverá a verlas o no. Supongo que eso le ocurre a todo el mundo cuando abandona las paredes de un hospital.

El coche me condujo a través del ruidoso y concurrido centro de Manhattan, hasta los Apartamentos Pennsylvania, un edificio de ladrillos rojos, típico del Nueva York de finales de siglo, no lejos de la Estación de Pennsylvania y la Oficina General de Correos.

Allí ocupaba un apartamento interior no muy grande, pero suficiente para una persona sola como yo, bastante elevado de renta, pero que entraba dentro de mis posibilidades, al menos mientras no faltara el trabajo.

Entré en mi apartamento como si fuese un extraño en él. Todo lo que me era familiar, me resultaba ahora casi desconocido. Mis ojos y mi mente se habían habituado a aquellos muros asépticos y fríos del hospital, a su radiante claridad y su inconfundible olor a antisépticos, a las batas blancas y verdes. Un domicilio normal, con ambiente hogareño, chocaba ahora con mis sentimientos de un modo raro.

No sé por qué, de repente tuve miedo.

Miedo.

Era ridículo. Una sensación absurda. Había tenido cerrado mi apartamento todo ese tiempo. Sólo mi llave debía haber franqueado aquella puerta. La casa olía a cerrado, a ausencia de ocupantes. Tuve que abrir las ventanas al patio interior, para que un cierto aire fresco aliviara la pesadez de la atmósfera interior. El patio, más que eso, era un jardín, lleno de plantas y de enredaderas. Recorrí las habitaciones una a una: el recibidor, el living, el dormitorio, la pequeña cocina, el cuarto de aseo y el diminuto trastero donde guardaba mis maletas. Todo en regla,

todo normal. ¿Por qué sentir miedo y de qué?

Miré fijamente el reloj de mi mesilla de noche. Y un pequeño cuadro en la pared, representando una vista de París al óleo de un autor impresionista. El cuadro estaba torcido. El reloj nunca había estado en la posición que ahora mostraba.

Otra vez aquella rara inquietud. Me pasé una mano por el mentón, preocupado.

Realmente, ¿era yo *el único* que pisaba aquel apartamento de nuevo, tras mi accidente?

Tenía que serlo, puesto que había pagado tres meses de alquiler por anticipado, y la señora de la limpieza sólo venía cuando yo la llamaba previamente, y no tenía llave de mi cerradura.

Y sin embargo...

Sin embargo, *alguien* había estado allí en mi ausencia.

No había duda alguna. Las botellas del mueble bar no estaban ordenadas del mismo modo que las dejé. No faltaba aparentemente licor en ellas, pero su orden no era el que yo acostumbraba a mantener. Jamás ponía la botella de *bourbon* a mi izquierda. Ni el recipiente de hielo en el centro.

Cerré el mueble bar, tras servirme un *bourbon* seco. Miré a mi alrededor, paseando pensativo por el living. Mis ojos se clavaron en la moqueta azul. Me incliné. Toqué la esponjosa superficie con la punta de mis dedos.

Ceniza. Ceniza gris clara. Muy clara. La comparé con la de mi cigarrillo. Esta era bastante más oscura. Aquella ceniza debía corresponder a un tabaco oriental, aromático y muy rubio. Inglés o egipcio, quizás turco. Pero en modo alguno americano.

Sin saber la razón, deposité las cenizas en un sobre, pegué la solapa y guardé el sobre en un bolsillo de mi chaqueta. Luego me senté, ceñudo, tomando el whisky a sorbos.

Era seguro. Alguien había allanado mi morada procurando no dejar huellas. Pero las dejó. Un cuadro torcido, el reloj en otra posición, las botellas cambiadas de sitio. Y un poco de ceniza en la moqueta. Suficiente para delatar una presencia ajena en mi propia casa.

Las palabras del teniente Roundtree volvieron a mi memoria:

«...pese a lo que usted pueda pensar, hay alguien ahí afuera que intentó matarle una vez. Y que puede intentar repetir su propósito...»

Otra vez aquel miedo inexplicable a algo que ni siquiera sabía si existía. Un temor irrefrenable a lo desconocido. Yo, que jamás había sentido miedo de nada ni de nadie.

Tomé una decisión. Fui al teléfono y lo descolgué. No quería ser el héroe de la aventura. El papel no me iba. Pedí a información el

número de la Policía Metropolitana. Lo marqué y pedí por Homicidios al telefonista de la centralilla.

Cuando me comunicaron con la División de Homicidios, solicité a! teniente Roundtree. No tardé en oír su grave voz a través del auricular:

—Teniente Roundtree, Homicidios —dijo—. ¿Quién llama?

—Soy yo, Steve Lamont. Por si no recuerda, soy el que...

—Le recuerdo perfectamente, señor Lamont —me atajó con viveza—, ¿Qué ocurre? ¿Me llama desde el hospital?

—No. Desde mi casa.

—Cielos, debieron informarme del centro médico sobre su alta. ¿Se encuentra bien del todo?

—Sí, perfectamente recuperado, teniente.

—Entonces, ¿por qué me llama?

—Acabo de descubrir en casa indicios de una presencia ajena. Alguien estuvo aquí y movió mis cosas. ¿Fue alguno de sus hombres acaso?

—No, no —rechazó de plano—. De haber querido hacer una revisión de su hogar, le hubiese pedido las llaves a usted, señor Lamont. Es la víctima, no el sospechoso, recuérdelo.

—Entonces, ¿qué piensa usted?

—Nada, de momento. Iré a verle. ¿Algo en concreto le ha sugerido esa idea?

—Varias cosas aparentemente triviales. Y huellas de una ceniza de tabaco que yo no fumo nunca. Le guardo la muestra.

—Buen chico —aprobó—. Tiene madera de detective, señor Lamont. Pero no se extralimite y déjenos ese trabajo a nosotros. Iré en seguida a su domicilio. Son los Apartamentos Pennsylvania, en la Treinta y Tres Oeste, ¿no es cierto?

—Así es —afirmé—. Le esperó.

—No abra a nadie hasta reconocer mi voz sin lugar a dudas. Es un consejo.

Colgué, disponiéndome a esperar su llegada. Aquel asunto empezaba a asustarme un poco. Pero era como sentirse envuelto poco a poco en una telaraña, sin saber a ciencia cierta dónde se encuéntrala araña que la teje, ni cuál es su verdadero tamaño.

CAPITULO III

El teniente Roundtree guardó el sobre con la muestra de ceniza. Luego revisó mi apartamento, fijándose en los detalles que yo indicaba. Le acompañaban dos hombres de paisano, que extendieron una sustancia sobre determinados objetos, tomando luego las huellas dactilares allí marcadas.

—Si usó guantes, es posible que todas esas huellas sean mías, teniente —apunté.

—Ya lo he pensado —me miró pensativo—. Pero es mejor comprobarlo todo. Ahora está empezando a darse cuenta de que alguien anda tras de usted, ¿no es cierto? Aprovecharon su ausencia para registrar este apartamento. ¿Cree que buscaban algo concreto?

—No puedo pensar eso —sonreí—. No poseo nada de valor para nadie. Ni dinero, ni documentos ni nada parecido. Soy un artista, no un agente secreto.

—Sí, de sobra lo sé. Pero también sé que han intentado asesinarle y que hay todas las muestras de que allanaron su morada. Eso no es normal, supongo.

—Claro que no —resoplé, ¿qué está ocurriendo? ¿Por qué puede nadie desearme la muerte? ¿Qué podrían buscar en un apartamento como éste, donde no guardo nada de valor?

—Cuando sepamos responder esas preguntas, quizás hayamos resuelto el asunto, señor Lamont —manifestó el policía negro con tono sombrío—. De momento, sólo podemos hacer conjeturas, sobre su ex prometida y el amante de ésta, en San Francisco.

—¿Y...?

—Nada de nada —resopló, con aire resignado—. Ninguno de ellos parece haber abandonado la ciudad en todo este mes. Pero siempre existe una posibilidad los asesinos profesionales.

—¿Cree que Marion o ese cerdo de Sturges iban a pagar a un asesino para liquidarme a mí? Eso no tiene el menor sentido.

—Nada parece tenerlo, según usted. Pero el intento de asesinato y el allanamiento de morada son un hecho. La clave de esto sólo puede estar en dos sitios: o en San Francisco, o aquí, en Nueva York. ¿Para quiénes trabaja usted en esta ciudad?

—Para dos empresas publicitarias concretamente: para la International y para la Century.

—Ambas son importantes —comentó Roundtree.

—Lo son. Yo soy un buen dibujante, teniente —comenté sonriendo.

—Sí, ya lo imagino. ¿Problemas con alguna de esas empresas?

—No, en absoluto. Llevo muy poco con ellos. Parecen satisfechos

de mi tarea. Incluso puedo decirle que la Century desearía firmarme una exclusiva si llegamos a un acuerdo económico.

—¿Está conforme con eso la International?

—Supongo que les tendrá sin cuidado —me encogí de hombros—. Soy bueno, pero no tanto como para que se me disputen y provocar una guerra industrial en esta ciudad, teniente.

—¿Quiénes son sus jefes directos respectivos?

—En la Internacional, un publicista famoso: Alvin Cox, que tuvo problemas con el Gobierno por un lanzamiento publicitario demasiado audaz, con motivo de la campaña de la multinacional de electrónica Cibernex para Europa. Se quejaron de que sus métodos publicitarios podían atentar contra la propia seguridad nacional, al difundir posiblemente secretos estratégicos de los Estados Unidos.

—Ya lo recuerdo. Alvin Cox, ¿eh? Un monstruo de la publicidad...

—Así es. No creo que me considere imprescindible para su labor. Sólo un colaborador estimable y nada más.

—Ya. ¿Y su jefe en la Century?

—Una mujer muy fría e inteligente, con grandes dotes publicitarias, pero diametralmente opuesta a los métodos de Cox: Amanda Farrow, una persona sensible, dúctil, cerebral y de ideas renovadoras pero no estridentes en el campo de la publicidad.

—¿Ella es la que desea que trabaje en exclusiva?

—Sí. Está muy interesada. Quiere obtener de la empresa unas condiciones adecuadas para mí.

—¿Se llevan bien ambos, por tanto?

—Así es. Muy bien, diría yo, pese al carácter fuerte y autoritario de ella.

—¿Alguien que no vea bien esa relación de ustedes en la empresa? —sugirió el teniente de Homicidios.

—No, que yo sepa —sonreí, moviendo la cabeza—. Aunque...

—Aunque ¿qué? —quiso saber con viveza el detective de color.

—Nada, nada que pueda ser importante, supongo —me encogí de hombros—. Su marido no parece demasiado feliz con mi presencia allí. Tal vez sean celos. Ella es hermosa y elegante, toda una dama. Yo también me sentiría celoso en su lugar.

—¿Qué cargo ocupa él en la casa?

—Jefe de dibujantes publicitarios. Depende de él directamente. Pero Amanda Farrow lo dirige todo, y está por encima de su marido.

—Entonces pueden aunarse los celos profesionales y los otros —apuntó Roundtree.

—Es posible. Sin embargo, no creo que sea un asesino potencial, teniente, si quiere ir a parar a ese punto. Es un hombre

afable, algo introvertido a veces, que parece adorar a su esposa y envidiar a todo el que tiene con ella un trato cordial, pero eso es todo. Su trato conmigo es correcto en todo momento.

—Hay muchos asesinos en la historia que fueron la estampa misma de la corrección y la amabilidad —dijo sarcástico el oficial de policía, frunciendo el ceño—. Yo no me fiaría de nadie así, señor Lamont. Pero tampoco quiero decir que el asesino tenga que estar necesariamente en una de las dos empresas. Esa es sólo una posibilidad más, pero en modo alguno la única. Sigo sin olvidar San Francisco, que es su lugar de origen.

—Sigo pensando que parece imposible que alguien haya deseado acabar con mi vida.

—¿Y también le parece imposible que hayan entrado en su casa usando posiblemente una llave maestra o una copia obtenida de la suya propia?

—Eso parece probado, teniente, al menos para mí.

—Estoy seguro de que fue así —corroboró el teniente, mirándome camino ya de la puerta—. Me voy, Lamont. Dejo a mis hombres terminando aquí su tarea. Pero no se quedará solo en casa, esté tranquilo. Dejaré vigilancia cerca para velar por su seguridad personal.

—Es muy amable —aprobé con un suspiro—. No me gusta sentirme protegido, ya se lo dije, pero... la verdad es que siento algo que nunca había experimentado hasta ahora: *miedo*.

—Eso no debe avergonzarle. Todos los humanos sentimos miedo alguna vez en la vida.

—Es que no es eso —objeté, moviendo la cabeza con desaliento—. Es un miedo raro, especial...

Me miró pensativo desde la puerta, con la mano en el pomo. Arqueó sus espesas cejas oscuras. Su rostro de ébano claro reflejó cierta perplejidad.

—Temo no entenderle —confesó.

—Yo tampoco lo entiendo. Antes de sufrir ese accidente, no sabía lo que era el miedo, teniente. Nunca sentí temor por nada. De niño, me decían que era demasiado temerario incluso en mis juegos. Me encantaba ver, a escondidas, en cualquier cine, películas de terror. Leía los relatos más espeluznantes sin impresionarme lo más mínimo. Y, de repente, estoy asustado. *Muy* asustado, teniente. Noto a veces escalofríos auténticos de terror que parecen hacer correr hielo por mis venas, sin saber la razón ni remotamente.

—¿Desde cuándo le ocurre eso, exactamente?

—Desde que recobré el conocimiento en el hospital.

—Tal vez haya sido un trauma provocado por el accidente. No soy

médico. Debíó consultar con un psiquiatra en el propio hospital.

—No creo en los psiquiatras, teniente —sonreí—. Nunca creí en ninguno de ellos. Para mí, todos ellos son los verdaderos mercaderes de la medicina.

—Entonces, consulte con un neurólogo o con cualquier otro médico —dijo, abriendo la puerta—. Yo no puedo ayudarle en problemas psíquicos, Lamont. Bastante tengo con pensar en su caso y en evitar que pueda sucederle algo en el futuro... Hasta pronto.

Cerró tras de sí. Me dejó solo con sus dos subordinados de Homicidios que, ajenos a todo lo que no fuese su tarea, buscaban huellas hasta en el depósito de agua del retrete, imperturbables.

Me senté en el sofá del living, encendiendo un cigarrillo. Era absurdo, pensé. Pero volvía a sentir miedo. Un miedo irracional, casi de animal acosado...

* * *

Apagué la luz.

Sentía cansancio y sueño. Deseaba dormir en mi habitación por primera noche en mucho tiempo. Por otro lado, tenía miedo. Miedo a dormir, a soñar. Miedo a mi propia soledad en aquel apartamento, pese a estar en pleno Manhattan y sabiendo que un policía vigilaba fuera, haciendo la ronda cerca de mi persona, día y noche, por orden del teniente Roundtree.

Además, mi piso era interior. El patio no era la calle. Resultaba difícil llegar allí, a menos que utilizaran la puerta de la escalera. Y yo había apoyado contra ésta un mueble, un pesado butacón con una lámpara encima. Si alguien intentaba abrir, el butacón cedería, derribando la lámpara. El golpe me despertaría por fuerza.

Y aun así, me sentía atemorizado. Como siempre en aquellos últimos días. Atemorizado por algo que no entendía, que sólo parecía existir, aunque intangible e incorpóreo, dentro de mi cerebro.

Empezaba a resultar enloquecedor. Al acostarme, había notado el temblor inexplicable de mi mano al aplastar un cigarrillo en el cenicero. Esa sensación empezaba a alarmarme. No encajaba con mi modo de ser. Yo *sabía*, subconscientemente, que no era cobarde. Que el temor a algo no era normal en mí. Que no podía ni quería sentir miedo.

Y, sin embargo, no era así.

Tenía miedo. Más que eso: empezaba a ser terror. Un terror estúpido, infantil, incoherente y grotesco. La cama estaba helada

al cubrirme con las ropas. Pero yo mismo me sentía infinitamente más frío que aquellas sábanas limpias y con olor a detergente y frescor.

Aun así, me quedé dormido antes de lo previsto.

El cansancio y el sueño me habían vencido. Afortunadamente fue así. Pero lo bueno no duró mucho.

Desperté bruscamente. La sensación de terror era ya angustiosa, irrefrenable. Estaba sudoroso, temblaba con violencia en el lecho. Y era como si un peligro invisible pero terriblemente real, planeara sobre mí en la oscuridad incompleta de mi dormitorio, rota por el reflejo de alguna ventana del patio de los Apartamentos Pennsylvania, que permanecía encendida más allá de la persiana a medio cerrar de mi propia ventana.

Tiritando, dominando a duras penas mis sentimientos de irrefrenable y absurdo pánico, me incorporé, tomando mi bata de lana y envolviéndome en ella, en busca de algún grato calor. Fui a la ventana para ajustar totalmente la persiana y no ver luz.

Y entonces sucedió.

Entonces, por segunda vez en poco tiempo, vi la Muerte ante mí. Y me sentí golpeado por sus heladas manos huesudas...

* * *

Fue una sensación repentina que lo superó todo, incluso mi inexplicable terror de los últimos tiempos. Tal vez porque supe que en aquel preciso instante se dilucidaba de nuevo para mí la alternativa terrible entre vivir o morir.

Apenas toqué la persiana, sentí el chasquido de los vidrios, quebrados súbita y bruscamente por algo. Algo que silbó siniestra, ominosamente en la penumbra de mi dormitorio y me rozó. Tanto me rozó, que sentí un fuego singular quemando mi piel y mi carne, a la altura de la cabeza. Justo en la sien y el cuero cabelludo. Algo cálido y denso corrió por mi rostro, mientras retrocedía, sobresaltado, y detrás de mí, en la habitación, algo se rompía sordamente, alcanzado por el proyectil que había estado a punto de volarme el cráneo.

Me tiré de modo fulminante al suelo. Por encima de mi cabeza pasaron dos balas más, zumbando sordamente, sin que se escuchara detonación alguna en el exterior. Comprendí borrosamente la razón de ello: un silenciador.

Pegado al suelo, sintiendo un dolor candente en mi cabeza, aturdido y notando que todo bailoteaba en torno mío, lamenté en ese momento no disponer de un arma de fuego para empezar a soltar balas a través

de la ventana, como un poseso.

Claro que tal vez eso hubiera resultado peor. Podía haber matado a un montón de buenos e inocentes vecinos, en mi afán por replicar a tan cobarde y criminal agresión. Por cierto que aún no entendía cómo podían elegirme como blanco a mí, en la oscuridad de mi habitación, y tras una persiana de plástico que intentaba cerrar. Entonces pensé en qué podía ser lo que me despertó tan bruscamente, y sentí de nuevo un escalofrío de miedo profundo.

Había *alguien* tras mi ventana, pegado a los cristales. Y desde allí, sin duda, hizo un ruido que me despertase. Al acudir yo a la ventana, hizo fuego. Quizás la luz de aquella otra ventana alumbraba lo suficiente para destacar mi silueta tras las rendijas de la persiana sin cerrar del todo.

Oí luego roces que se alejaban por el patio. Me enfurecí. Algo, en mi interior, se rebeló contra mi propio miedo. Y me precipité de modo suicida a la ventana, tiré de la persiana hacia arriba, recogéndola, y abrí los postigos, cuyos vidrios aparecían reventados por los disparos. Una lluvia de fragmentos cayó a mis pies. Asomé, temerario, en busca de mi agresor.

Le vi. Sólo un momento, de modo fugaz. Desaparecía en lo alto, sobre mi cabeza, por la cornisa del antiguo tejado del tradicional edificio Pennsylvania, de remembranzas victorianas. Una soga de fina pero resistente seda colgaba en el vacío, desde la altura. Vislumbé borrosamente una silueta humana, ágil, elástica, casi felina, enfundada en lo que parecía una negra malla ajustada, con caperuza de igual materia sobre su cabeza. Evoqué mentalmente a un viejo héroe de la literatura folletinesca europa, alguien llamado Fantomas o cosa parecida.

El misterioso personaje se eclipsó en el tejado, sin dejar otro rastro de su paso que la cuerda negra y sedosa, colgando en el patio. Tiré violentamente de ella por dos veces o tres. Noté que alguien hacía fuerza arriba para evitar lo que, sin embargo, acabé por conseguir: desprender la seda de su punto de sujeción. Se desplomó hacia el fondo del patio, arrastrando consigo un garfio de cuatro púas, de acero, muy práctico para aferrar aquel sedal a cualquier punto.

Evité que cayera, sujetando la cuerda con mis dedos. Tiré de ella y la introduje en mi alcoba. Luego, corrí a tomar el teléfono para avisar a la policía, sintiendo de nuevo, dentro de mí, aquel terror glacial, renovado y tremendo.

Pero esta vez, cuando menos, pensé que estaba justificado en parte. Acababa de salvar la vida, milagrosamente, por segunda vez en pocas semanas.

Y ahora ya no quedaba duda alguna. Había alguien, un asesino,

que pretendía acabar con mi vida como fuese. El teniente Roundtree había tenido, por desgracia, toda la razón del mundo.

CAPITULO IV

Amanda Farrow me contempló con fijeza, mientras parecía tener la mente muy lejos de mi persona y de todo cuanto le rodeaba en aquel moderno, suntuoso despacho de dirección en la empresa Century In., de Servicios Publicitarios.

Se golpeó el carnoso labio inferior con la extremidad de su bolígrafo de oro, y al final movió la cabeza, rivalizando su dorada melena, siempre corta y bien peinada, con el reflejo del propio oro del objeto que sostenían sus delgados, dúctiles y bien manicurados dedos, de uñas color marfil.

—De modo que han intentado matarle dos veces —dijo al fin.

—Así es —asentí.

—Es increíble. ¿Existe una razón para ello?

—Ninguna, que yo sepa.

—¿Tampoco tiene idea de quién desea matarle?

—Ni la más remota.

—Sí que resulta extraño, señor Lamont —juzgó con voz serena—. ¿Qué dice a todo eso la policía?

—Nada, o muy poco. Que tengo un enemigo, alguien que me odia. No hace falta ser un adivino para imaginar eso. Primero me averiaron el coche para que me estrellase. Luego esta noche pasada, la primera que paso fuera del hospital, intentan coserme a tiros en mi propia casa.

—No tenía que haber venido. Creo que necesita recuperarse y descansar, señor Lamont —me sonrió ella dulcemente, mostrando sus nítidos dientes tras el rojo gordezuelo y jugoso de sus labios—. La empresa le concedía previamente un periodo de dos semanas para la convalecencia tras su estancia en el hospital. No perderá su puesto en esta casa si es lo que teme a causa de su temporal inactividad, se lo aseguro.

—Es muy amable, señora Farrow. Pero estoy deseando hacer algo, olvidarme de todo este horrible asunto —suspiré—. Acabo de salir de la estación de policía. Allí he firmado mi declaración de cuanto sucedió anoche. Tenía un agente cuidando de mi persona, pero no sirvió de mucho. A menos que duerma conmigo en mi propia cama, nunca estaré seguro.

—Pueden ponerle una agente femenina —sonrió ahora Amanda Farrow con cierta ironía maliciosa—. Eso no estaría mal, dentro de las circunstancias, ¿no, señor Lamont?

—Por favor, no bromea —gemí—. He perdido mi sentido del humor.

—Perdone —se puso seria—. No quería molestarle. Sólo

intentar que olvidara un poco lo que tanto le preocupa en estos momentos.

—Se lo agradezco de veras, señora —moví la cabeza—. Pero no debe hacerme mucho caso. Estoy bastante nervioso, la verdad. Imaginaba que la policía tenía una teoría equivocada respecto a mi accidente de coche. Ahora veo que no era así.

—¿Qué piensa hacer? Puede ser peligroso que se mueva por ahí libremente...

—También lo es permanecer en casa. Y no soporto una niñera del Departamento de Policía, con un 38 en la axila, durante noche y día haciéndome compañía adonde vaya.

—No tiene otro remedio que admitir escolta armada. Al menos, hasta que la policía logre capturar o ahuyentar a su misterioso enemigo. ¿De veras no tiene alguna idea sobre su posible identidad?

—Ninguna, señora —reconocí amargamente—. Nunca pensé tener enemigos.

—Es fácil ganárselos aun sin saberlo —dijo ella con sarcasmo—. Lo sé por experiencia, amigo mío. Hay muchas mujeres que me sonríen y me fingen afecto, y serían capaces de arrojarme un frasco de vitriolo a la cara porque soy bien parecida, o me despellejarían viva porque triunfo en mi profesión y ellas no. El mundo está lleno de gente así, Lamont.

—Es posible, pero ¿quién puede envidiarme o aborrecerme a mí hasta ese punto? Soy virtualmente un forastero en esta ciudad, donde llevo muy poco tiempo, mi trabajo todavía no es seguro ni firme, no he triunfado aún en nada...

—Puede que el enemigo oculto date de más tiempo y ni siquiera sea de esta ciudad, señor Lamont. Acaso le haya seguido desde California alguien capaz de desearle la muerte con todas sus ganas.

—Es lo que la policía sugiere —suspiré—. Pero no tiene mucho sentido. ¿Por qué esperaría nadie a que estuviera en Nueva York para intentar matarme, habiendo tenido ocasiones sobradas allá en San Francisco?

—Eso es cierto —tuvo que admitir Amanda Farrow, asintiendo lentamente con su dorada y bella cabecita—. En fin, temo no ser muy buena detective. Lo que sí quiero aconsejarle es que se cuide mucho y...

Se interrumpió. Tras un leve golpear de nudillos en la gruesa vidriera escarchada de la puerta de su despacho, donde unas gruesas letras doradas de metal, macizas, ostentaban su nombre y cargo en la empresa, se abrió aquélla y asomó un hombre fornido, de pelo rojizo e hirsuto, rostro pecoso y ojos muy azules y claros

en un rostro redondo y carente de expresión. Conocía a aquel hombre. No le caía bien. Ni él a mí. Era Norman Farrow, el marido de la hermosa dama que tenía sentada ante mí.

—Ah, Norman, ¿eres tú? —preguntó ella innecesariamente, con un cierto aire de indiferencia que no podía pasarme inadvertido—. ¿Algún problema?

—Sí, Amanda —asintió él, dirigiéndome una mirada de soslayo de esas que se suelen dirigir a un animal que no nos gusta o a una alimaña que se desliza cerca de nosotros—. Es algo relacionado con esos dibujos de la Ajax Amalgamated... Barry Dekker no acertó con ellos y el cliente los ha devuelto.

Ha dicho que rescindiré el compromiso con nosotros si no le hacemos algo realmente bueno, y llamativo, pero que no sea tosco ni vulgar. Es un cliente difícil, ya sabes...

—Lo sé —dijo ella secamente, enarcando las cejas—. Y sé también que Dakker es un dibujante de ideas limitadas. No debiste dárselo a él. Puede suponer la pérdida de un contrato de varios millones. Esta campaña era sólo una prueba para ver si a la Ajax le gustaban nuestras ideas publicitarias. Personalmente, ya te dije que el boceto previo no me gustaba nada. Ellos querían algo más culto, más refinado. Lo que trazó Dekker era una estupidez, más adecuada para anunciar productos de belleza o una revista erótica que para una firma que negocia con arte y con museos en todo el mundo.

—A mí me pareció bien... —insinuó débilmente el marido de Amanda.

—Tú no tienes sentido de lo que dices, y perdona que te lo diga —se volvió a mí y me miró fijamente—. Dígame, señor Lamont, ¿qué hubiera trazado usted, como dibujo de iniciación de una campaña publicitaria internacional para promocionar museos, arte antiguo y todo eso para la Ajax Amalgamated?

—No sé... —me sentí cortado por la pregunta y, sobre todo, por la fulminante mirada de cólera que me dirigió Norman Farrow al verme interpelado por su mujer en presencia suya—. Tal vez algo relativo al Arte en sí... Puesto que Ajax fue rey de Salamina, y Sófocles escribió una tragedia sobre él y su tiempo, pongamos que utilizaría una vieja efigie tallada en piedra, con el rostro de Ajax, y algunos motivos relativos a Ulises y a Agamenón, personajes de la obra. Naturalmente, con un fondo diluido de dioses griegos y templos, contrastando con una imagen moderna, en la que un hombre y una mujer de hoy se extasían ante unas ruinas de Grecia o un Museo de Arte Antiguo.

—¡Perfecto! —los ojos de color turquesa de Amanda Farrow destellaron—. Suya es la obra, Lamont.

—¿Qué? —me sorprendí, pegando un respingo en mi asiento.

—¿Cree que podría presentar ese boceto mañana mismo? Podría trazarlo en casa, y así olvidarse de todo lo demás.

—Pero Amanda, él es un colaborador reciente, y no puedes hacerle pasar por encima de quienes...

—El que tiene una idea, pasa por encima de todos los que no las tienen, Duncan —cortó ella fríamente—. Está decidido. Y yo dirijo esto, no lo olvides. ¿Qué me dice, Lamont?

—Claro, podría intentarlo —asentí—. Pero es demasiada responsabilidad, si no les gusta a los de la Ajax y se rompe el compromiso...

—Ese compromiso está ya virtualmente roto, amigo mío —se lamentó ella—. De modo que si aún puede salvarlo, la Century jamás olvidará su esfuerzo. Manos a la obra, sin pérdida de tiempo. Ya puede volver a su casa y trabajar.

—Está bien, así lo haré —prometí, poniéndome en pie. Miré a Norman Farrow, un poco confuso—. No me culpe de nada, señor Farrow. Creo que sólo estamos intentando entre todos rescatar a un buen cliente...

—Váyase al diablo, Lamont —silabeó él, furioso—. Sé que no resultará.

—Cuidado, querido —le avisó sonriente su mujer, cuando él abandonaba iracundo el despacho—. No cometas el error de mirar amenazadoramente a Lamont. La policía podría considerarte sospechoso de intento de asesinato...

Farrow la miró, sin entender, y cerró con un seco portazo.

* * *

Dibujar era como escapar de algo. Amanda Farrow tenía razón. Mientras me puse a trazar el boceto inicial para aquella campaña de publicidad, no pensaba en otras cosas menos gratas para mí.

Confieso que casi había olvidado el asunto, cuando sonó el teléfono, sobresaltándome con su timbrazo. Maldije, borrando una raya que me había salido desviada por el respingo de mi mano. El timbre telefónico seguía repicando insistentemente. Alargué la mano y descolgué.

—¿Sí? —pregunté con desconfianza.

—Soy yo, Lamont —me dijo una voz familiar a fuerza de oírla en los últimos días—, ¿Me conoce?

—Claro, teniente —suspiré—. Me ha sobresaltado usted. Casi había olvidado que existía.

—El día en que pueda olvidarme del todo, será buena señal —comentó burlón. Luego, su tono se hizo más serio—. ¿Ha oído usted hablar alguna vez de un tal Norman Killey?

—¿Norman Killey? —repetí, arrugando el ceño—. No, nunca. ¿A qué viene eso?

—El sí parecía conocerle a usted.

—¿Por qué lo dice?

—Su nombre está en su agenda. Sin dirección, eso sí. Pero está su nombre: Steve Lamont.

—Puede ser otro que se llame igual.

—Es posible. Por eso le llamé a usted. Entre sus documentos hay

una tarjeta de donante de sangre.

—Sigo sin entender lo que significa eso de...

Me paré en seco. Sentí un escalofrío muy peculiar recorriendo mi cuerpo. Volví a sentir miedo. Más miedo que nunca tal vez.

Sangre. Donante de sangre...

—No, no puede ser —jadeé luego roncamente, ante el mutismo de mi interlocutor—. Ese hombre no puede ser...

—Llamé al hospital y hablé con el doctor Hillman —siguió calmoso el oficial de policía—. Me lo confirmó. Ese pobre diablo tenía un grupo de sangre *muy* especial. El mismo que usted. Figura en sus ficheros. Por una razón muy simple: le donó sangre *a usted*. ¿Lo sabía?

—Sabía que hubo un donante. Pero pensé que era anónimo. Nadie me dijo su nombre.

—Era Norman Killey. No hay duda. Muy pocas personas tienen ese grupo sanguíneo de él y suyo, Lamont.

—Y... ¿por qué me llama? ¿Qué le ha ocurrido?

—Está muerto.

—Muerto... ¿De qué? —temblé, sacudido por un oculto temor irrefrenable.

—Asesinado en la calle —me dijo el teniente Roundtree—. De un disparo en la cabeza. Dejaron su cadáver dentro de un colector de basuras de un hotel, en un callejón oscuro del Bowery... Extraño, ¿no le parece?

* * *

Ya me importaba poco la Ajax Amalgamated y su campaña publicitaria. Al diablo con todo aquello. Roundtree, una vez más, había logrado amargarme la vida.

Audrey Larsen me contemplaba con cierta angustia en su bonito rostro. Movié al fin la cabeza, casi compasivamente. Cuando habló, su tono era suave, casi sedante.

—El teniente le dijo la verdad, Steve —confirmó—. El donante se llamaba Norman Killey. Y tenía tarjeta de tal. No era la primera vez que donaba su sangre, al parecer a causa de lo raro de ese grupo. Pero no comprendo por qué querría nadie matarle...

—Yo tampoco. Pero lo hicieron. Es como si todo lo que me toca de cerca estuviera maldito por esa simple razón. Voy a empezar a pensar que llevo el infortunio conmigo. No debí venir a verla, Audrey.

—No diga tonterías. No soy supersticiosa, ni creo que usted lo

sea. Tiene que haber una razón para que alguien asesinara a ese pobre hombre, seguramente sin relación alguna con usted.

—¿Cómo puede decir eso, cuando también a mí intentaron matarme a tiros anoche? —me lamenté—. Es demasiada *casualidad* para ser cierta.

—Pero ¿qué relación podía existir entre ese hombre y usted, a excepción de su sangre?

—*Nuestra* sangre... —sentí un raro malestar, una inconcreta pero horrible sensación de que la joven enfermera había atinado, sin saberlo, de una u otra forma, aunque pareciera no tener sentido—. Tal vez ahí esté la clave de todo...

—A usted intentaron matarle *antes* de que el pobre Killey le donara su sangre —me recordó ella.

—Eso es verdad —admití, perplejo. Tras una vacilación, le dirigí una pregunta repentina—: Dígame, Audrey, ¿recuerda usted *cómo* era ese hombre?

—Pues no... La verdad, no tenía demasiada personalidad. Le atendí yo misma, me ocupé de preparar los tubos de la transfusión y de llevarle luego a reponer fuerzas, dada la gran cantidad de sangre que fue preciso extraerle... Pero no lo recuerdo bien. Era de regular estatura, pelo oscuro, quizás castaño, no sé... Cara vulgar, vestido con un traje que creo era gris azulado o cosa así. Tendría unos cuarenta y cinco a cuarenta y ocho años. Ese dato estará en el fichero.

—No, no me interesa su edad o el color de su pelo, Audrey. Si supiera *quién* era él exactamente, de dónde venía...

—Eso quizás lo sepa mejor el teniente. ¿No hallaron sus documentos encima del cadáver?

—Así es —admití—. Pero todos esos documentos estaban extendidos en Nueva York, según me dijo. Y el hombre era neoyorquino. Sólo sabe eso del difunto. Le mataron con una bala de calibre 45, posiblemente disparada con silenciador, muy de cerca, con una Magnum.

—¿Y usted? ¿Con qué arma fue atacado anoche?

—Igual —resoplé—. Una Magnum, calibre 45. Era silenciosa, de eso doy fe. Casual también, ¿no le parece?

—No, no creo que lo sea —acabó por aceptar Audrey Larsen, profundamente preocupada—. Si pudiera ayudarle en algo, Steve... ¿Quiere que averigüe alguna cosa en el hospital, a través del doctor Hillman?

—Si es posible, se lo agradecería asentí, irritado conmigo mismo—. Estoy empezando a pensar que no basta la policía para encontrar la clave de este asunto. Y se trata de mi piel. Es la que está en juego ahora. De modo que actuaré yo también a mi modo.

—Steve, usted es sólo un magnífico dibujante, pero jamás ha sido un detective. No es tan fácil como en las novelas, estoy segura.

—Yo también. Pero empiezo a estar harto de que alguien trate de cazarme, sin posibilidad de defenderme de mi enemigo ni protegerme yo mismo mi integridad física. Voy a pasar al ataque. Dicen que es siempre la mejor defensa.

—Puede ser, pero yo no lo afirmaré ciegamente, Steve. Me da miedo que se meta en lo que no es su fuerte. Está encarándose a un criminal, a alguien que no vacila en matar a sangre fría por la razón que sea. Ante una persona así, el riesgo es muy grande, amigo mío.

—Lo sé. Mayor lo corrí ya al volante de mi coche o al despertar anoche en mi dormitorio. La cosa puede repetirse en cualquier momento. Y no quiero que me pille indefenso esta vez —dije con decisión, poniéndome en pie—. No la molesto más con mis problemas, Audrey. Gracias por haberme recibido en su casa y haberme escuchado.

—Oh, Steve, no diga eso. Ha sido una alegría verle aquí hoy. ¿Por qué no se queda a cenar conmigo? Dicen que soy una cocinera bastante buena...

—No, otro día, palabra. Ahora tengo que hacer algunas cosas antes de volver a mi casa y terminar un boceto urgente para una campaña publicitaria. Ya la llamaré, Audrey. Ha sido muy confortante hablar con usted en estos momentos.

—No deje de llamarme pronto. ¿Qué es lo que va a hacer con tanta urgencia antes de ir a su casa? —y había cierto brillo de inquietud en sus azules pupilas.

—Comprarme un arma de fuego —dije escuetamente con una sonrisa digna de un chacal, antes de abandonar el coquetón apartamento de la rubia enfermera.

Y le decía simple y llanamente la verdad.

Media hora más tarde salía de una armería, con una automática calibre 32 en mi bolsillo, con su cargador repleto, y otro de recambio en otro bolsillo, dispuesto a vender cara mi vida en la jungla de asfalto donde alguien pretendía perseguirme y cazarme como a una fiera salvaje.

CAPITULO V

Contemplé el cuerpo en silencio, con expresión ensombrecida.

—De modo que éste es el hombre que salvó mi vida...

El teniente Roundtree asintió. Tapé el cadáver con la sábana de nuevo. El funcionario de la Morgue, indiferente, lo volvió a su cajón frigorífico, que se cerró con lúgubre chasquido. Sentí frío. Y no era sólo por estar allí, en aquel aséptico depósito lleno de cuerpos congelados.

—Pobre hombre... —susurré—. Debíó ver a su asesino y saber lo que le esperaba. Tiene un gesto horrible. Estaba muy asustado cuando le dispararon...

—Mucho —afirmó roncamente Roundtree—. Pocas veces he visto tanto miedo en el gesto de un hombre al morir. Supongo que tenía motivo para ello. Bien, ¿seguro que no llegó a verlo personalmente?

—No, no lo vi. Entonces estaba en coma, inconsciente, casi desangrado...

—Lo sé. Pero en otra ocasión cualquiera, ¿no vio a este hombre en alguna parte?

—No, estoy seguro de que no. ¿Por qué insiste en eso?

—Porque este crimen ha de tener forzosamente alguna relación con usted —suspiró el policía—. La misma clase de arma, igual calibre de bala.. Pero ustedes no tenían en común otra cosa que su sangre, a lo que veo.

Volví a estremecerme. Hablaba igual que Audrey Larsen. La sangre. Era ridículo pensarlo, pero era el único factor común en ambos. Al menos, yo no veía otro.

—¿A qué se dedicaba ese hombre? —quise saber, mientras nos dirigíamos a la salida de la Morgue.

—Según sus documentos, era empleado de una firma dedicada a la fotografía, en Brooklyn. Solo, soltero, sin familia ni muchos amigos... Y sin antecedentes de ningún género, desde luego. Un hombre normal y honesto, al parecer. Estamos investigando más acerca de él, pero hasta ahora no hemos encontrado nada, ésa es la verdad.

Asentí, profundamente preocupado. Salimos a la calle y, pese a ser un día soleado pero ligeramente frío, sentí calor, al lado de la gelidez extraña y mortuoria que se respiraba allí dentro, y que llegaba a calar hasta los huesos, pareciendo deslizarse por mis venas igual que mi maldita y complicada sangre. Y la sangre de Norman Rilley, por supuesto, que ahora se habría fundido con la mía, salvándome la vida aquel infausto día en que la muerte me

rondó por primera vez.

—Me pregunto qué relación puede existir entre él y yo que justifique ese crimen —murmuré entre dientes.

—Yo también —admitió el policía negro pensativamente—. Eso, si es que existe.

—Usted no me dirá que cree en esas casualidades...

—No, no creo, la verdad. Pero todo podría ser. Mientras no exista un móvil, un nexo que les una a ustedes dos más allá de una simple transfusión de sangre...

¿Había sido en realidad una *simple* transfusión tan sólo?, me pregunté, inquieto. ¿O había algo más?

Y de nuevo volví a pensar en la sangre como algo extraño, inquietante, acaso como un ritual o una maldición diabólica. ¿Por qué un hombre de mi grupo sanguíneo, el más extraño y escaso en el mundo, había muerto asesinado en un lóbrego callejón del Bowery? ¿Por qué yo, que tenía la misma sangre en mis venas, había sido dos veces víctima de un atentado criminal?

Lo cierto es que empezaba a sentir una nueva forma de miedo. Miedo a mí mismo, miedo a mis propias venas.

Pero ¿por qué? Dios mío... ¿por qué?

Y eso era lo malo. Que no había respuesta. Ninguna respuesta.

* * *

—De modo que nos deja usted...

—Así es, señor Cox —asentí, algo violento—. Lo siento de veras, pero la oferta de la Century es muy importante para mí. Gracias a una idea publicitaria mía han recuperado a un cliente y...

—Sé eso —dijo con rapidez Alvin Cox, mirándome con sus estrechos ojos negros, que parecían cabalgar, como un maligno jinete, sobre la curva aguileña de una nariz singularmente agresiva—, Ajax Amalgamated.

—Veo que está muy bien enterado —dije, incómodo.

—Las noticias vuelan. Sobre todo las malas —rió entre dientes como lo haría una bruja de *Macbeth*, pongamos por caso—. Ajax iba a ser cliente mío si rechazaba el plan de la Century...

—Oh, lo lamento.

—No lo haga —enarcó las cejas, negras y espesas, y me recordó al viejo Drácula de Bela Llugosi—. Usted vale, y cometimos un error: no amarrarle desde un principio. Amanda Farrow ha sido más lista que nosotros. Esa mujer vale mucho. Ella es el alma de la Century en realidad. Le felicito, Lame t. Amarrar última hora al viejo Bellamy, de la Ajax, es todo un éxito. Estaba muy disgustado con el proyecto que le hicieron. Usted debió lograr un milagro

para convencerle.

—No creo —suspiré—. Sólo utilicé la lógica.

—Algo que también se valora en publicidad, amigo mío —se lamentó Cox—. Por mí, usted hubiera sido una exclusiva nuestra desde el principio. Ese accidente que sufrió estropeó las cosas. Ese mismo día iba a hacerle una oferta muy favorable para usted. En fin, qué vamos a hacer. ¿Nos deja ya?

—Me temo que sí —asentí gravemente—. Acabo de firmar la exclusiva, en cuanto la Ajax firmó contrato con la Century.

—No dejaron escapar la pieza, ¿eh? —me tendió la mano cordial, abiertamente, pero al estrecharla sentí entre mis dedos un contacto frío y viscoso, casi de ultratumba—. Suerte, Lamont. Pero desde hoy seremos enemigos mortales mi empresa y usted.

—Lo tendré en cuenta —sonreí—. Pero empiezo a habituarme a tener enemigos mortales, señor Cox.

—¿Es cierto que intentaron matarle? Un policía habló conmigo esta mañana...

—Desgraciadamente, parece que sí —admití, camino de la salida—. Me gustaría que no fuera verdad, pero mentiría si le dijera eso, señor Cox. Tenga cuidado conmigo si decide eliminarme su empresa para que no resulte un peligroso competidor. Ahora uso arma de fuego —y me toqué significativamente la axila con un palmetazo, ya con una mano en el pomo de la puerta.

—Vamos, vamos, no se tome las cosas al pie de la letra, Lamont —rió Cox con falsa jovialidad—. Sólo hablaba en sentido comercial, naturalmente...

—Naturalmente —reí como podría hacerlo una hiena— Y yo bromeaba, señor Cox...

Cerré tras de mí. Hubiera jurado que, pese a todo, Alvin Cox, el genio de la publicidad en Manhattan, se había quedado muy preocupado a mis espaldas.

El que tuvo que preocuparse al salir, fui yo. Apenas crucé la puerta de salida del alto edificio de Broadway donde estaban las oficinas, de la International, vi a la Muerte por tercera vez.

* * *

El grito de la mujer me sobresaltó. Giré la cabeza, sin saber de dónde llegaba la amenaza. Porque aquel alarido femenino era como una terrorífica advertencia. Luego, quizás por puro instinto, miré hacia arriba.

Y me arrojé como un desesperado a la calzada repleta de automóviles. Porque, pese a todo el peligro que significaba esa riada de vehículos, entre las luces y sombras del atardecer, el riesgo era infinitamente mayor en la acera, al menos en ese momento.

Desde las alturas caía sobre mí un objeto pesado, enorme, devastador, capaz de convertirme en simple pulpa sobre el asfalto. Cuando se estrelló en la acera, fue como si lo hiciese una bomba nuclear. O al menos me lo pareció.

Tembló el suelo, mientras un coche frenaba desesperadamente a pocas pulgadas de mi cuerpo, otro se desviaba, penetrando en la acera, y un tercero, al pretender evitar el embate con otro coche, lograba una perfecta colisión en cadena con unos siete u ocho vehículos, en medio de un estruendo atroz, que sin embargo no tuvo comparación con el impacto del objeto llovido del cielo en el asfalto.

La mujer que gritara, se agitaba histéricamente en brazos de otro transeúnte, a punto de sufrir una crisis nerviosa. Los demás repartían sus miradas aturcidas y estupefactas entre mi persona y la gran jardinera de piedra que acababa de hacerse añicos en el punto exacto donde yo me hallaba un segundo antes.

De alguna parte, revólver en mano, surgió un caballero musculoso, horriblemente vestido, que gesticulaba y gritaba, intentando poner orden, y apresurándose a cubrirme de todo el mundo, arma en ristre, como si yo fuese el presidente de los Estados Unidos ante un ataque de un comando terrorista.

—¿Se encuentra bien, señor Lamont? —preguntó, sin dejar en mirar en torno como un perro de presa.

—Creo que no del todo, pero pudo ser peor —gemí, empezando a incorporarme entre el morro de un coche y la parte posterior de una furgoneta—. Más que una escolta, voy a necesitar un tanque para moverme por esta maldita ciudad.

—No se preocupe. Todo está bajo control —aseguró con maravilloso optimismo aquel esbirro del teniente Roundtree, que estuvo a punto de reducir su tarea a proteger de la curiosidad popular una especie de amasijo sanguinolento aplastado sobre la acera, bajo el feroz impacto de la piedra caída desde las alturas.

Opté por no hacerle caso y limpiarme el polvo de mis ropas, ayudado solícitamente por unos cuantos automovilistas y peatones. Mi hombre de escolta se afanaba en mirar hacia lo alto del edificio encristalado de donde yo saliera poco antes, mientras hablaba de modo febril por un emisor-receptor de bolsillo que sin duda movilizaría a patrullas y detectives de Homicidios aunque maldito si servían ya para algo. Yo también miré arriba. El

rascacielos de Broadway donde se hallaba la International de publicidad, parecía inocente como un enanito de Blancanieves algo crecidillo.

Pero yo sabía que de algún piso o alguna terraza, alguien había arrojado sobre mi persona, al verme parado en la acera, el demoledor objeto de piedra, cuya tierra y plantas aparecían ahora dispersas por el asfalto.

—No creo que encuentre nada, amigo —le dije al policía de mi escolta particular—. El piso o terraza donde falte una jardinera, seguro que no será la que ocupe quien lo lanzó a la calle. Un asesino capaz de eso, es lo bastante astuto para no comprometerse estúpidamente.

Me miró como si despreciase olímpicamente mis opiniones y siguió hablando por radio, tras invitarme a que me guare- siese de todo posible peligro bajo la ancha marquesina del edificio. Le obedecí, pero era tan inútil como buscar el que arrojó la jardinera a la calle. Ahora, nadie iba a atentar de nuevo contra mí.

Al menos, por el momento...

* * *

Creo que empezaba a estar borracho.

No me había sucedido desde hacía mucho tiempo. Quizás desde cuatro o cinco meses atrás, una noche en San Francisco, en Chinatown con una bonita oriental que me enseñó en vano las delicias del masaje tailandés, puesto que para entonces estaba yo lo bastante ebrio como para dormirme en sus suaves brazos, sin enterarme de nada.

Ahora era diferente. No había chinita complaciente, ni artes tailandesas relajantes, ni Barrio Chino de San Francisco. Sólo había un hombre: yo. Y una botella.

Y, por supuesto, la camarera que me servía en aquel íntimo local, llamado Club No-Sé-Qué, no sé si admirada por mi belleza masculina o por la asombrosa facilidad que tenía para engullirme trago tras trago de whisky, como un personaje de novela negra o como un vulgar y miserable alcohólico.

Ni siquiera sabía la hora que era. Sólo sabía que no sentía miedo, que no me acordaba de nada relacionado con un misterioso asesino yendo tras mis pasos por la ciudad de Nueva York sin aparente motivo, y que los senos de aquella chica de la barra eran tan sólidos y tentadores como la propia botella de licor que estaba vaciando a pasos agigantados. Sólo que cada uno de

aquellos pechos doblaba o triplicaba el tamaño de mi botella.

Ella bebía conmigo, porque yo la estaba invitando, aunque sabía que esa clase de chicas sólo fingen beber, se embolsan la comisión y logran ingresar una jugosa suma en la caja registradora. Qué diablos, para eso están.

—¿Bebes otra copita, encanto? —sugerí.

—No, no —me rechazó ella, sujetando mi mano con firmeza—. No debes beber tanto.

—Al demonio con ésas. ¿A quién puede importarle eso, muñeca?

—A mí, por ejemplo, aunque no te conozca de nada.

—No me digas —reí como un imbécil.

—Créetelo o no, me tiene sin cuidado —se enfadó ella, encogiéndose de hombros—. Pero una cosa es estar aquí hasta las tantas para soportar a unos cuantos tipos y cobrar mi comisión y mi sueldo, y otra ver cómo un fulano se dedica a buscar el delirio *en tremens* o la muerte.

—Quizá tengas razón— admití con voz estropajosa, contemplando a contraluz de las tamizadas claridades del local, desierto a aquellas horas con excepción de ella y yo, el limpio matiz ambarino del *bourbon* de mi vaso—, Pero a veces uno necesita beber para olvidar ciertas cosas.

—Oh, lo sé, lo sé —bostezó, aburrida, apoyándose en el mostrador, con lo que desparramó sobre éste toda la opulencia carnosa de sus pechos, sujetos a duras penas por su ajustadísima blusa, al menos dos números menor de su verdadera talla—. He oído esa canción infinidad de veces, cariño. ¿Quién es la chica en este caso? ¿Tu mujer, tu novia o tu amiguita?

—Es una mujer muy especial —reí macabramente, saboreando el whisky—. Viste de negro y está bastante pálida la pobre. No me deja ni a sol ni a sombra. ¿Sabes cómo se llama?

—¿Y cómo voy yo a saberlo?

—Se llama... Muerte.

Me miró, no sé si sorprendida o asustada. Tal vez empezaba a dudar no sólo de mi consciencia, sino también de mi equilibrio mental. Cuando respondió, su tono era desabrido:

—Eso no tiene gracia. Toma esa maldita copa última y lárgate, ¿te enteras?

—Claro, claro —solté un hipo—. Ya me voy. No es un chiste, palabra. Quiero olvidar que me persiguen, que alguien viene tras de mí para matarme, preciosa... Ya lo ha intentado tres veces. Tres, ¿te enteras? No quiero que vuelva a intentarlo más. Pero si lo hace, al infierno con todo. Que al menos me coja borracho y no me entere de nada.

Me contempló desconcertada. Yo puse un último billete en sus senos, metiéndolo por la profunda canal entre ambas poderosas piezas de artillería pectoral. Noté el suave contacto de su carne esponjosa y tibia. Ella observó que el billete era de diez dólares.

—Espera —dijo—. Te daré el cambio...

—No, no —rechacé—. Para ti. Por soportarme toda la noche, maldita sea. Ahora ya te dejo.

—Espera —tuvo un impulso y se irguió. Dejé de contemplar el panorama esplendoroso de aquellos montículos y su oscuro valle—. Ya voy a cerrar. Te acompañaré a tomar un taxi. No puedes conducir así. Ni creo que puedas caminar hasta la parada de taxímetros más cercana.

—No tengo coche —reí, dejando rodar el vaso vacío por el bruído mostrador—. Lo hice pedazos un día. Mejor dicho, alguien lo hizo por mí al romperme la dirección intencionadamente.

—Dios mío, entonces ¿es verdad? —agrandó sus ojos castaños con estupor.

—¿Lo de la enlutada y pálida damisela que me sigue fielmente? —asentí con la cabeza, y al moverla noté como si se agitara dentro de ella una coctelera de cinco galones repleta de alcohol en ebullición—. Claro que es verdad.

—Entonces con más motivo. No debes deambular solo por esas calles. Te acompañaré.

Y se puso a cerrar la caja y apagar las luces, tomando un sobretodo color amarillo limón de un perchero oculto tras las estanterías de botellas del bar.

—No, no —rechacé, poniéndome en pie tambaleante—. No te arriesgues, encanto. No estaría bien, créeme. Si pretenden liquidarme, que me pillen solo. No puedo permitir que una chica corra peligro por mi culpa.

—No temas —dijo con sorprendente energía, abotonando su sobretodo—. Aprendí karate para sentirme tranquila tras de una barra, muchas veces enfrentada a tipos nada agradables y demasiado molestos. Puedo defenderme yo sola.

—Oh, y defenderme a mí —solté una carcajada entre el hipo—. Sólo eso faltaría ya. Llevo a poca distancia a un sabueso de la policía que no me deja a sol ni a sombra aunque maldito si sirve para algo cuando vienen mal dadas. Y ahora, me sale una niñera joven y bonita. Eh, eso de niñera está bien. Tienes todo lo adecuado para satisfacer a un niño de pecho —comenté, nada correcto, acariciando sus senos sobre la prenda amarilla.

—Estás borracho —dijo ella, quitándome la mano—. Por eso no te pego un bofetón. Anda, vamos. Después de todo, eres bastante

guapo, ¿lo sabías? Puedo acompañarte a algún sitio que no sea un simple taxi...

Ya estaba. Como la chinita de San Francisco. Sólo que ésta no debía dominar la disciplina thailandesa, sino otras cosas muy diferentes y menos suaves. Pero me sentía solo en la ciudad. Terriblemente solo, sumergido en un desierto de asfalto y cemento. Ah, y también de alcohol...

—Como quieras —gruñí, caminando a su lado sin mucha seguridad en mis piernas y ninguna en mi cerebro—. Pero me temo que te defraude si esperas un apasionado compañero de madrugada, encanto. Ha bebido demasiado para portarme bien contigo.

—De eso me ocupo yo —aseguró con rara firmeza, mirándome burlona, ya en la salida del pequeño club—. Y te aseguro que sé hacerlo.

CAPITULO VI

Vaya si sabía.

Cuando las brumas del alcohol fueron diluyéndose un poco en mi cerebro y pude abrir los ojos, a costa de unas náuseas terribles, unos dolores de cabeza insoportables y un daño espantoso en los ojos, al recibir la luz del día, estaba metido en una cama de hotel de tercera categoría, junto a una especie de matrona de Rubens, de firmes carnes y abundantes curvas, que dormía con aire complacido, tan vestida como lo estuvo lady Godiva en cierta ocasión, o como lo había estado Eva en el Paraíso.

—Qué diablos... —murmuré, queriendo ver la hora en mi reloj, que estaba sobre una mesilla—. ¿Dónde estoy, qué hora será... y qué habrá pasado con esta chica para que duerma tan tranquila? Una de dos: o me he portado como un héroe... o he pifiado de todas todas.

El reloj se cayó de mis dedos torpes y temblorosos. Golpeó el cristal grueso de la mesilla y fue como si de repente martillearan con mazos de hierro al unísono, sobre una docena de campanas metidas en mi cabeza. Los oídos me retumbaron y la cabeza pareció reventar como una sandía madura.

—Oh, no, no... —gemí, tapándome los oídos con las manos y cerrando los ojos.

Ella se despertó en ese momento. Se desperezó, cosa que hizo descender la sábana sobre el terraplén de sus inmensos pechos, que emergieron como cumbres enhiestas. Me sonrió, con sus párpados entornados.

—Hola, cielo —susurró—. Con que ibas a portarte bien, ¿eh? Si llegas a estar sereno, no sé qué hubiera pasado, amor...

Me quedé de una pieza. La chinita de San Francisco también dijo algo así, pero yo entonces lo atribuí al masaje thailandés. Ahora empezaba a preguntarme si no sería, ciertamente, un buen ejemplar de macho de la especie. Lo malo es que siempre tenía que enterarme por referencias.

—Me alegro de no haber sido peor de lo que imaginaba —suspiré—. Pero lamento no haberme enterado de nada.

—Eso tiene fácil arreglo, ¿no te parece? —rió con voluptuosidad, echándome los brazos al cuello y enroscándose a mí como una sierpe, hasta casi ahogarme con sus senos.

Menos mal. Esta vez sí que me enteré de todo. Y valió la pena.

—Mi nombre es Lucy, aunque supongo que eso no significa nada para ti —dijo, fumando un cigarrillo, mientras yo me tomaba el tercer jugo de tomate y empezaba a sentirme bastante mejor tras las dos aspirinas efervescentes y todo eso, así como la ducha fría—. Dentro de media hora, ni te acordarás de mí, Steve.

—¿Me trajiste aquí para que te recordase? —quise saber.

—Claro que no —pareció ofendida—. Una chica como yo, sabe lo que puede esperar de un hombre al que conoce una noche en la barra del bar, medio borracho. No pretendo milagros, querido.

—Eso está bien —aprobé, poniéndome la corbata como mejor pude—. De todos modos tal vez te guste saber que sí me acordaré de ti. Eres la primera chica de Nueva York con quien paso una noche haciendo el amor.

—Vaya, casi lograrás que me sienta orgullosa de mí misma —rió de buen humor, mirando a la calle mientras aplastaba su cigarrillo en un cenicero—. Gracias por el cumplido, Steve. ¿No tienes novia?

—No. La tuve en San Francisco. La dejé porque me la pegaba con un tipo que la mantenía. Lo que son las cosas: si no llego a enterarme de eso, iba a casarme con ella un mes más tarde... El día antes le había hecho un bonito retrato al carbón, en un club nocturno, donde también estaba su fulano, sin yo saberlo. Lo gracioso es que incluso dibujé también al tipo, al trazar el fondo de la escena, en compañía de un par de clientes más. Eso tendría gracia si no fuera grotesco y lamentable, Lucy.

—De modo que te viniste a Nueva York para olvidar mejor.

—Así es.

—Sí. Dibujo publicitario y todo eso. Dicen que soy bueno.

—Anoche hablaste de otra mujer.

—¿Yo? —enarqué las cejas, sorprendido—. Sólo conozco a otras dos mujeres aquí: mi jefa en la empresa donde trabajo, y una enfermera que me atendió durante mi internamiento en el hospital y de quien me he hecho buen amigo.

—No me refería a ellas, sino a *otra*.

—No hay otra —negué, perplejo.

—Estabas ebrio al mencionarla —sonrió ella—. Pero lograste asustarme, palabra. Te referías a una dama de luto, con la cara pálida... Alguien llamada Muerte, Steve.

—Cielos, ¿eso te dije? —murmuré—. Qué estúpido. No me hagas caso. Como tú dices, estaba borracho.

—Pero intentaron matarte, ¿no es verdad eso?

—Sí —admití—. Hablo demasiado cuando bebo, es evidente.

—Tres veces lo intentaron.

—Sí.

—¿Quién y por qué, Steve?

—Si yo lo supiera... —me encogí de hombros—. Es terrible saberse en peligro de muerte a cada paso y no saber siquiera la razón, maldita sea...

—Por si te interesa saberlo, hay un coche parado abajo, frente al hotel. Un coche color gris metálico. Creo que es un Chevrolet. Estaba también ahí anoche, cuando nos acostamos... ¿Crees que puede ser...?

—¿El asesino? —solté una carcajada y moví la cabeza negativamente—. No. Es sólo mi protector oficial. Un policía puesto para velar por mi persona. Pobre hombre, ha debido pasar una mala noche, sentado en ese coche...

—Eso me tranquiliza, al menos —consultó su reloj brevemente—. Bien, creo que es el momento de separarnos, Steve. Ya son las doce y media de la mañana. Tengo cosas que hacer. Y supongo que tú también...

—Claro. Perdona si no me fijaba en eso —suspiré—. Pasaré a verte algún día por el Club, Lucy.

—Eso dicen todos —sonrió ella con sarcasmo—. Pero rara vez lo cumplen.

—Intentaré cumplir yo. A menos que a la cuarta vez acierten...

—No digas eso —me tomó por un brazo y me besó en la boca—. No me gustaría, Steve. No me gustaría nada saber que te han hecho daño...

Sonreí. Salimos del hotel. Miré compasivo a mi escolta, que me fulminó con la mirada, somnoliento y sin afeitarse, desde el volante del coche. Pero luego se fijó en las curvas de mi compañera y su rostro se animó bastante.

Dejé a Lucy en un taxi que la condujera a su casa, y yo me encaminé a la mía, sintiéndome bastante mejor, dentro de todo, que la noche antes, cuando inicié mi borrachera. La terapia de aquella majestuosa hembra había sido eficaz. Eso se lo tenía que agradecer, sin duda alguna.

Tomé otro taxi para encaminarme a mi casa. Sonreí al ver cómo me seguía el Chevrolet gris metálico, como mi propia sombra, a prudencial distancia. Al llegar ante el edificio Pennsylvania, vi que llegaba otro coche, éste un Ford color azul cobalto, que aparcó disimuladamente frente a la fachada principal. El conductor del otro automóvil asintió, haciendo un gesto imperceptible, y se alejó, no sin antes dirigirme otra mirada de reproche.

Sonreí de nuevo. El relevo estaba hecho. El buen hombre ya podía irse a dormir tras haber velado durante casi siete horas mi sueño... y lo que no era mi sueño. Le compadecí, pero a fin de

cuentas no era yo quien deseaba una niñera con un 38 en la axila, sino el teniente Roundtree, que al menos debía creerse Sidney Poitier en el papel estelar del inspector Tibbs. Sus hombres acabarían odiándole si les mantenía pegados a mí noche y día.

Subí a mi apartamento, a pesar de la ducha, las aspirinas y de los zumos de tomate, seguía sintiendo la resaca dominando todo mi cuerpo y mi cerebro. No tenía ganas de comer nada. Sólo de acostarme y volver a dormir, al menos hasta la noche.

Introduje la llave en la cerradura. Fruncí el ceño. Parecía encontrar cierta dificultad en accionarla, cosa que me hizo recelar. Pero un momento después cedió la entrada al chascar el pestillo, y me tranquilicé. Empezaba a ver fantasmas por todas partes.

Sobre la mesita del living casi me reprochó a gritos mi descuido el frasquito de cápsulas de mi medicamento, el que me habían dado en el hospital para ayudarme a la convalecencia, a base de vitaminas y no sé cuántas cosas más. Abrí el frasco y me tomé dos tabletas con un sorbo de naranjada. Tal vez me ayudasen a sobrellevar la resaca de mi borrachera.

Tiré la chaqueta a un lado, la corbata a otro, y empecé a desabrochar mi camisa, camino de mi dormitorio, donde pensaba dormir al menos otras nueve o diez horas de un tirón.

Apenas abrí la puerta del cuarto, me quedé helado.

Miré con estupor hacia la cama. Rápidamente, corrí al living y tomé de mi chaqueta la pistola recién adquirida. Le quité el seguro y avancé de nuevo hacia mi alcoba.

Había alguien en el lecho. Lo había visto claramente.

Me quedé en la puerta, expectante, con mis nervios en tensión y los últimos vapores del alcohol escapando de mi mente como ratas asustadas. Jamás me había sentido tan sereno como ahora. Pero en realidad sabía que estaba temblando por dentro, que nuevamente aquel miedo inexplicable me dominaba ante lo imprevisible.

Era verdad. Había *alguien* en mi cama. Por la ventana, de persianas cerradas casi por completo, entraba un resquicio de luz que revelaba la presencia de un cuerpo humano tendido en mi propio lecho. Y no se movía.

En mi ausencia, alguien había entrado en mi casa y ocupado la cama. Ahora tenía sentido aquella pequeña dificultad en la cerradura. La habían forzado con alguna llave maestra previamente.

—Pronto, levántese de ahí con los brazos en alto y sin intentar nada —avisé con frialdad, sintiéndome pese a todo enormemente ridículo al pronunciar esas palabras dignas de una mala película o

de una novela barata. Pero no bromeaba Tenía tenso mi dedo en el gatillo, y lo apretaría a la menor señal de alarma.

El cuerpo siguió sin moverse. Resuelto a todo, alargué mi brazo izquierdo y oprimí el interruptor de la luz. La alcoba se llenó de claridad artificial.

Lancé un grito. Un grito ronco, terrible.

Creo que ahora sí sentí miedo. Más que miedo, terror. Angustia, incredulidad ante lo espantoso y lo inexplicable.

El cuerpo de la cama era el de una mujer. Una mujer joven, hermosa y elegante, a quien yo conocía muy bien.

Cómo había podido llegar hasta allí, era un enigma profundo e inexplicable. Pero no esperaba que ella me lo dijese. En seguida advertí que estaba muerta.

La sangre formaba un espeso charco sobre mis sábanas y colcha, bajo su cuerpo. Alguien le había clavado un arma blanca en la garganta brutalmente. El espectáculo era atroz.

Y ella era nada menos que Marion Adams, mi novia de San Francisco, la mujer a quien yo había abandonado por sus relaciones íntimas con un rico industrial, Bruce Sturges.

* * *

El teniente me contempló sombríamente, mientras tomaba el vaso de agua y el sedante. Pareció observar en especial el temblor de mis dedos.

—Más que impresionado, diría que está usted asustado, Lamont —observó.

—Cielos, claro que si —gemí—. Terriblemente asustado, como nunca lo estuve.

—Es usted un hombre. Tiene que sobreponerse.

—No puedo. Lo intento, pero no puedo. Es un terror superior a mí mismo, una helada sensación de pánico, de angustia, que invade todo mi ser cuando intuyo el peligro o lo veo demasiado cerca de mí.

—¿Siempre fue igual? —quiso saber el oficial de policía.

—No, no siempre —reconocí—. ¿Por qué lo pregunta?

—Por nada —dijo secamente, dándome la espalda al volverse y contemplar de nuevo el cadáver tendido en mi cama, al que sus hombres estaban sacando numerosas fotografías—. ¿Sabía que ella estaba en Nueva York?

—¿Marion? ¿Cómo diablos podía saberlo? Ni lo sospechaba siquiera. Y menos aún en mi propia casa..

—¿No tenía llaves del apartamento?

—¿Llaves? Mire, teniente, rompí con ella antes de venir a Nueva York. No hubo ni un solo contacto más con ella desde entonces. Ni sabía dónde vivía, ni se lo dije yo jamás.

—Pues alguien debió de hacerlo, porque no es fácil llegar a una ciudad como ésta y localizar a un hombre que ni siquiera figura en la guía telefónica aún. ¿Por qué cree que vino ella a Nueva York?

—Lo ignoro.

—¿Y por qué a su apartamento?

—Sé tanto como usted, teniente, ¿de qué otra forma puedo decírselo? —me exasperé, hundiendo la cabeza entre mis manos. El no hizo ningún comentario. Tras un prolongado silencio, le oí decir en voz baja:

—El que la atacó sabía bien cómo matarla rápida y silenciosamente. El arma blanca cortó sus cuerdas vocales al tiempo que su tráquea. No debió exhalar ni un gemido. Y murió instantáneamente casi.

—Por favor... —supliqué—. Aunque habíamos roto, era un ser humano. Fue novia mía, teniente. Habla de ella como si fuese una cualquiera a quien no conocí.

—Lo siento —se excusó él—. Es la fuerza de la costumbre. Ella pudo venir sola a su apartamento y ser luego sorprendida por otra persona que quizás se hizo pasar por usted al entrar. O bien entraron juntos y el asesino la mató después, ausentándose. Creo que la mataron ahí, en el umbral, y luego trasladaron su cuerpo sangrante a la cama. Vea ese reguero de gotas de sangre hasta la puerta. No creo que lo dejara el asesino, sino la víctima.

—Esta vez no puede ser casual ya, teniente —gemí con voz ronca—. En mi ausencia, mi ex novia llega de San Francisco, allana mi casa y es asesinada. ¿Qué relación puede tener eso conmigo y con un pobre donante de sangre llamado Norman Killey?

—Eso, sólo usted, en todo caso, puede responderlo —dijo gravemente, clavando sus oscuros ojos en mí.

—¿Yo? —contemplé, alhelado, aquel rostro oscuro e inteligente—. ¿Por qué dice eso? Bien sabe que, por desgracia, no es así.

—Escuche, Lamont. ¿Dice que nunca sintió *miedo* antes de su accidente de coche provocado?

—No, nunca. Quizás esa experiencia me ha traumatizado, no sé.

El oficial de Homicidios meneó la cabeza. Parecía preocupado por algo. Le vi arrugar el ceño y paseó por la estancia, antes de decidirse a continuar:

—Es absurdo pensar algo así, lo sé. Pero no tengo más remedio que decírselo.

—Decirme, ¿qué? —quise saber.

—Bueno, allá va. He investigado exhaustivamente sobre ese hombre, Norman Killey, su donante de sangre. He preguntado a gente que le conoció, vecinos y amigos, sus jefes y sus relaciones habituales. Todos coinciden en señalar una característica peculiar en ese hombre.

—¿Cuál?

—Parecía tener mucho *miedo*. Estaba siempre asustado, sin razón aparente que lo justificara, aunque luego su mente violenta pueda hacer pensar otra cosa. Era un miedo anormal, insólito. Algo muy poco común, como su propio grupo sanguíneo.

—Que es el mío. Y yo nunca tuve miedo, teniente.

—¿No es más cierto que nunca tuvo miedo *antes* de recibir la transfusión de sangre de su donante? —puntualizó astutamente Roundtree, sin pestañear.

Sentí un escalofrío, uno más. Iba a replicar airadamente, cuando me contuve, en un silencio sobrecogedor incluso para mí mismo.

Porque él *quizás* tenía razón. Eso era cierto. Nunca, antes de la transfusión de sangre, había sentido tanto terror en toda mi vida. Era como si él me lo hubiese transmitido, igual que una enfermedad virulenta o un mal congénito, a través de su sangre.

Mi donante siempre tuvo miedo. Ahora, yo también.

Eso era cierto. Indiscutiblemente cierto.

Sentí más terror que nunca. Apenas si supe balbucear unas pocas palabras roncadas:

—Dios mío... Su sangre... Llevo ese miedo *en mis venas*...

CAPITULO VII

—¿Miedo en las venas? Imposible —rechazó el doctor Hillman, echándose a reír y sacudiendo la cabeza con energía.

—Pero, doctor... —traté de argumentar.

—Eso es ridículo, Lamont —me atajó él con tono abrupto—, Como si alguien a quien transplanta un corazón creyera sentirse más emocional o enamorado que antes, como si una córnea trasplantada de otros ojos permitiera ver a una persona de la misma forma que veía la donante, sintiendo las mismas emociones. No, Lamont. Eso es ridículo. Es nuestra mente la que controla y gradúa nuestras emociones, no nuestra sangre ni nuestros órganos, con excepción del propio cerebro.

—Pero yo nunca tuve miedo antes, doctor. Y ahora sí lo tengo. Como lo sufría Norman Killey, de quien todos dicen que era demasiado asustadizo sin motivo...

—No me importa cómo fuese Killey ni que usted sienta temor ahora por algo. Recuerdo bien que en las ocasiones que ese pobre hombre donó su sangre aquí, advertí claramente que era medroso e inseguro hasta la exageración. Pero eso no era problema de su sangre, sino de su modo de ser, de su mente, de su razón. Usted ahora tiene miedo porque se sabe en peligro, porque han intentado asesinarle y porque otras personas han muerto violentamente, relacionadas de alguna forma con usted. Tiene todos los motivos del mundo para estar asustado, créame. Pero ninguno de ellos lo encontrará en sus venas y arterias, eso se lo garantizo, Lamont.

Casi me había convencido. Casi. Pero muchas cosas seguían estando oscuras para mí. Quizás la Medicina no diera luz alguna a un fenómeno así. Existe el terreno de la parapsicología, de lo paranormal, casi de lo mágico, donde podía estar la respuesta que yo buscaba. Pero en eso el doctor Brian Hillman no iba a poder ayudarme como antes lo hiciera en el quirófano salvando mi vida.

—Puede que tenga razón, doctor —acepté humildemente—. Perdone si le importuno con mis manías. Soy un profano en la materia, pero he llegado a obsesionarme con esa idea. Ya sospechaba de antes que podía haberme sucedido algo a causa de esa sangre ajena que corre por mis venas. Ahora veo que todo era sólo una necesidad y que no tengo nada que temer.

—Mi querido amigo, no tiene que disculparse conmigo —sonrió amablemente el canoso médico con una sonrisa alentadora, apoyando su mano delicada y experta, de buen cirujano, en mi hombro—. Los padecimientos psíquicos son siempre infinitamente

peores que los puramente físicos. Es natural en su estado, tras sufrir esos atentados y un choque tan violento y grave, que le tuvo al borde de la muerte varios días, que su mente reaccione así. Le voy a dar las señas de un buen amigo mío colega, cuya especialidad es la psiquiatría, para que él le examine atentamente y pueda tranquilizarle, quitándole sus naturales traumas actuales.

—No confío demasiado en los psiquiatras, doctor Hillman...

—En éste confiará, está seguro. Es un hombre inteligente, sensible y nada interesado. Sé la mala fama que la psiquiatría goza en nuestro país, muchas veces con merecimiento, triste es decirlo. Pero el doctor Blake no es de esos sacacuartos que denigran su profesión, créame —concluyó, tendiéndome una tarjeta suya con unas líneas escritas.

—Está bien, como usted diga —acepté, sumiso—. Tal vez sea lo mejor, o acabaré volviéndome loco, pensando que el miedo es algo material que corre por mis venas...

—No va a volverse loco por eso —sonrió animoso el médico—. Eso se lo garantizo, amigo Lamont. Lo único que quiero es que aleje de sí esas obsesiones. Cuando vuelva a visitarme, quiero que lo haga perfectamente recuperado. Sé que será así.

—Sí, doctor —asentí, camino de la salida—, ¿Está la enfermera Larsen? Me gustaría verla un momento...

—No, hoy es su día libre —dijo el médico con todo risueño—. Una buena chica, ¿eh?

—Sí, mucho. La he llegado a apreciar bastante.

—Además es una excelente enfermera. No es fácil hallarlas tan buenas, créame. Y eso que lleva poco tiempo con nosotros. En cambio, he tenido a algunas durante años enteros, y jamás aprendieron su profesión del todo. La señorita Larsen es tan eficiente como bella. Y además, sensible e inteligente. Una rara perla en nuestros días, la verdad, Lamont. Le diré que estuvo usted aquí. Pero no le mencionaré que va al psiquiatra, para no alarmarla en vano.

—Sí, doctor gracias por todo —le tendí mi mano cordialmente—, Primero sanó mi cuerpo, y ahora debe hacer igual con mi mente...

—No diga eso. Me alegrará mucho que mi colega, el doctor Blake, le sea todo lo útil que espero. Con eso me sentiré satisfecho, amigo mío.

Abandoné el hospital algo más aliviado. Pese a mis reticencias hacia los psiquiatras, confiaba en que el colega del buen doctor Hillman me quitara esas absurdas manías de la cabeza. La tarde era nubosa y algo fría, soplaba un aire húmedo del río, y no resultaría sorprendente que terminara lloviendo. Me subí el cuello

de mi gabardina y me encaminé a la parada de taxis situada frente al propio centro médico.

—¿Le llevo a alguna parte, señor Lamont?

Me sobresalté. Era fácil sobresaltarme últimamente. Durante unos irrefrenables instantes, volví a sentir aquel mismo miedo instintivo y sutil que helaba mis venas y mi espina dorsal aguijoneando el cerebro.

Giré la cabeza. Iba de sorpresa en sorpresa. Aquella voz femenina provenía del interior de un automóvil deportivo plateado, un lujoso y ostentoso Porsche. El rostro de mujer que vi ante mí cuando el coche se detuvo a mi lado, pegado al bordillo de la acera donde se alzaban los setos circundando el recinto hospitalario, me resultó conocido.

Las sorpresas se sucedían, ciertamente, en las últimas horas. Aquella dama de cabellos levemente rubios, con reflejos color ceniza, y valiosos pendientes de diamantes y esmeraldas colgando de sus finas orejas, tampoco resultaba lógico que apareciese de repente en pleno Nueva York.

Era Ada Sturges, la esposa de Bruce Sturges, amante de mi ex novia en San Francisco. Su rostro había sido popularizado por muchos magazines del corazón, en relación con pruebas deportivas, obras benéficas, fiestas de sociedad y todo eso. Ahora vestía un elegante conjunto de lana marrón con detalles beige. En una de sus delicadas manos, centelleaba un diamante soberbio, engarzado en platino.

—Señora Sturges... —murmuré, acercándome a ella con asombro—. ¿Qué hace *usted* en Nueva York?

—¿Qué hacía su ex prometida, Marion Adams en Nueva York? —replicó ella, con una sonrisa que no restó aspecto sombrío a su gesto.

—¿Sabe eso?

—Lo he oído en los boletines de la radio. Un crimen extraño y sorprendente, ¿no cree?

—Mucho. Como su presencia en esta ciudad. Y la suya también, señora.

—Yo nada tuve que ver con la muerte de esa joven, Lamont, piense usted lo que piense —se apresuró a replicar ella.

—Tenía el motivo, cuando menos —sugerí, algo seco.

—De acuerdo. Lo tenía. Infidelidad conyugal con esa joven. Lo sabía hace tiempo. Pude haberme vengado en San Francisco, no esperar a seguirla hasta Nueva York y asesinarla aquí, ¿no le parece?

—No lo sé. Sólo dije que usted es quien mejor motivo tendría para desear la muerte de Marion Adams...

—Se equivoca —sus delgados labios dibujaron una mueca amarga—. Marion no fue la primera. Ni será la última. Si tuviese que matar a todas las amantes que tiene Bruce, que tuvo y tendrá, necesitaría contratar a todo el Sindicato del Crimen para mí sola. No, Lamont, no tengo el menor interés en mezclarme en los asuntos de cama de mi marido. Hace tiempo que él dejó de interesarme hasta ese punto. ¿Por qué no sube y charlaremos un poco de todo ello?

Dudé. Si la señora Sturges era realmente una asesina, no resultaba muy aconsejable meterme con ella en el mismo vehículo después de las últimas experiencias vividas. Pero recordé que tenía una pistola y que, pese a mis extraños terrores, era un hombre y ella una mujer. De modo que abrí la portezuela del otro lado y subí a su lado. El coche arrancó hacia Broadway, rodando suavemente entre el tráfico callejero de Manhattan.

Miré de soslayo a la dama. Era elegante y sobria. Pero no pude evitar fijarme en la porción de piernas que dejaba ver su falda de mezcilla marrón y beige. Tenía unas bonitas pantorrillas y un inicio de muslos muy prometedor. Ella captó el rumbo de mi mirada. Pudorosa, se bajó unas pulgadas su falda, sin dejar de conducir.

—No busco una aventura para tomarme la revancha, si piensa eso, Lamont —me dijo fríamente.

—Yo no he pensado nada —repliqué—. Sólo miraba sus piernas, señora. Todo lo bello se puede contemplar sin que eso signifique nada indigno.

—Si es así, perdone —sonrió, moviendo la cabeza—. No es que le sea totalmente fiel a Bruce. Nadie se lo podría ser a un hombre como él, a menos que fuese santa. Pero no ando por ahí buscando romances, aunque me tropiece con un mozo guapo como usted.

—Muy amable —agradecí.

—Me gusta ser sincera. ¿Cómo le van las cosas en Nueva York?

—Mal. Ya han intentado asesinarme tres veces, he pasado más de un mes en un hospital, ése del que he salido, tras una semana entre la vida y la muerte. He encontrado muerta a mi antigua novia, degollada sobre mi propio lecho, y el hombre que me donó su sangre durante la gravedad, ha sido asesinado a tiros en un callejón del Bowery.

—Es horrible —suspiró—. ¿Un complot contra usted?

—No lo sé. De momento, voy saliendo con bien de ello. Y otros van cayendo. Es de lo único que no me puedo quejar. Ah, y tampoco de mi trabajo. Hay buenas perspectivas en Nueva York.

—Lo imagino. Alguien me dijo que usted es un buen dibujante. Creo que fue mi marido.

—¿Qué sabe su marido de mi...? a menos que se lo contara Marion, claro está.

—Eso debió de ser, claro —admitió ella, mordiéndose el labio inferior, con un destello de ira en sus pupilas grises.

—¿Cómo supo dónde encontrarme, señora Sturges? —me interesé de repente.

—No fue difícil. Fui a ver a la policía. Un tal teniente Roundtree me hizo unas cuantas preguntas. Y me dijo dónde le encontraría esta tarde. Así de sencillo.

—Ya —por el retrovisor vi el coche del hombre de mi escolta, siguiéndonos a prudencial distancia—. ¿Y por qué ha venido a verme?

—Ya se lo dije. Para hablar con usted.

—¿De qué?

—De muchas cosas. De Marion Adams, de mi marido, de usted...

—Yo no sabía nada de todo eso hasta el día que rompí con Marion —corté, seco—. No puedo hablarle nada a! respecto, señora.

—¿Tampoco puede explicarme por qué mi marido viajó con ella hasta Nueva York?

—¿Qué? —me volví a ella casi con un respingo—. No, eso no lo sabía. ¿El también está *aquí*?

—Eso parece —suspiró ella—. Pero la policía lo ignora.

Por eso fui a verles. El teniente ha prometido buscarle por todos los hoteles de la ciudad. Aunque pudo usar nombre supuesto, como en el pasaje de avión San Francisco-Nueva York.

—¿Usó nombre falso? ¿Cómo sabe, entonces, que era él?

—Ha utilizado otras veces el mismo nombre: Barney Scott. Como ve, respeta sus iniciales: B. S. Es una manía suya. Pregunté en la compañía aérea y me lo confirmaron.

—Entiendo —suspiré—. No imagino a qué vinieron los dos, a menos que lo hicieran para pasar unos días en otra ciudad, lejos de California...

—Ya ve lo que son las cosas: yo no pienso eso.

—¿No?

—No. Cuando tiene alguna aventura, Bruce suele llevar a su amante de turno a algún lugar de México o a Nevada. Nunca a Nueva York.

—Entonces, no tengo la menor idea.

—Yo sí —se detuvo ante un semáforo en rojo y me miró directamente, sin importarle esta vez no sólo que sus muslos mostraran su inicio de nuevo, sino que incluso rozasen mi propia pierna—. Sospecho que vinieron a verle *a usted*.

Nunca hagan demasiado caso de una mujer cuando les dice que con ella no hay narices y que uno puede irse olvidando de intentar conquistarla. A veces suele ser todo lo contrario, o las cosas siguen un cauce diferente al que ella imaginó inicialmente.

Lo cierto es que una hora después de habernos encontrado a la salida del hospital, la señora Sturges y yo ocupábamos una habitación confortable en un hotel de lujo, inscritos como matrimonio Sturges. Y que la elegante y distinguida dama del pelo dorado oscuro y las bellas piernas, no tenía nada que envidiar, con ciertos aspectos, a la propia Lucy, la camarera de aquel club. Aunque mucho menos opulenta de formas, poseía distinción y clase hasta desnuda bajo las sábanas, con un hombre al lado.

—Steve, me has gustado. Me has gustado mucho —confesó al fin, vistiéndose con aire indiferente ante el espejo de la lujosa alcoba—. No me arrepiento de esto. Deberás pensar que soy una mujer demasiado fácil, para ir pregonando por ahí mi honestidad...

—No pienso nada semejante —rechacé—. Eres maravillosa, Ada. Es lo único que sé.

—Tú sí lo eres —musitó ella—. Esa chica, Marion, debía de estar loca para elegir a Bruce teniéndote a ti.

—Ella eligió el dinero, no al hombre.

—Sí, lo imagino. Y eso la llevó a la tumba... —me sonrió cuando la ayudé a ajustar el sujetador sobre sus pequeños y firmes senos—, Gracias, Steve. Tú logras que lo más vulgar resulte hermoso. Aunque sólo sientas deseo por una mujer...

Me miraba fijamente, humedeciendo sus labios con lentitud. Yo también la miré a ella a través del espejo. Rodeé sus hombros con mis brazos. Besé uno de sus hombros desnudos, y ella gimió apagadamente, estremeciéndose.

Se volvió. Besó mi boca, me abrazó también. No sé para qué diablos abroché su corpiño poco antes. Me hubiera ahorrado un trabajo, aunque éste fue dulce y grato.

Oscurecía ya cuando salimos del hotel para no volver más a él. Pero eso no podía saberlo el conserje, a quien había abonado previamente dos días anticipados para alejar sospechas, tras utilizar las maletas de Ada Sturges para convencerles de la normalidad de nuestro alojamiento allí.

—Cuando el teniente Roundtree se entere de que un Bruce Sturges estuvo aquí, se volverá loco buscando —reí entre dientes, acompañando a Ada a su coche plateado, parado en el parking del hotel, en sus amplios sótanos con rampas que subían hasta la calle.

Estábamos justamente al lado del aerodinámico vehículo, cuando comenzaron los disparos y el sótano del hotel se llenó de fogonazos violentos y el crepitar sordo de unas detonaciones apagadas con silenciador.

Sentí en mi hombro izquierdo la mordedura de una bala. Grité, cayendo atrás, aparatosamente, a causa del ardiente impacto. Vi borrosamente cómo Ada Sturges se tambaleaba, estremeciéndose con violencia cada vez que una bala hacía impacto en su elegante cuerpo.

Cuando cayó contra su coche, la sangre mojaba ya su pecho, estómago y vientre, y tenía los ojos vidriosos.

—Steve... —jadeó, apareciendo una burbuja sanguinolenta en sus labios crispados.

Los disparos continuaban. Luego, un coche arrancó con potencia, alejándose a toda velocidad hacia la rampa de salida.

CAPITULO VIII

Logré extraer mi pistola y disparar dos veces contra el coche que se alejaba. Capté un estrépito de vidrios rotos, pero nada más. El coche rugía, pendiente arriba, poniéndose en fuga.

Agazapado, sintiendo correr la sangre desde el orificio de mi hombro, y con un dolor insoportable donde estaba alojada la bala, alcancé a Ada Sturges, tratando de auxiliarla.

Ya nadie podía hacerlo. Estaba muerta. Una bala había tocado su corazón. Otras dos el estómago y el hígado. Sus ojos vidriosos me miraban sin ver. Bajé dulcemente sus párpados, besé sus labios sanguinolentos, y me precipité, con un rugido de rabia suprema, sin miedo alguno, sin acordarme siquiera del dolor y la sangre de mi herida, al volante de su rápido y moderno deportivo. Lo puse en marcha y arranqué a toda velocidad, lanzándome como un bólido rampa arriba, en pos del coche del asesino. Era igual que si quisiera ganar las quinientas millas de Indianápolis.

El Porsche zumbaba como un avión, devorando el suelo a increíble velocidad. Doblaban las curvas con escalofriante temeridad, pero mi perseguido no se quedaba a la zaga en maniobras audaces. Incluso desplazó a un coche aparcado, abollando con estrépito su carrocería y hundiéndole toda la parte trasera. Yo pasé como una centella junto al mismo, lanzándolo de nuevo contra la pared, con estrépito de faros y luces traseras pulverizados.

Cuando salí a la calle parecía un torpedo plateado. Un par de coches frenaron con chirrido de frenos, evitando de milagro la colisión con mi perseguido y conmigo. Luego nos zambullimos en el tráfico vertiginoso de Manhattan, en una carrera a muerte que no conocía cuartel.

Mi hombro sangraba cada vez más, y mi dolor era insoportable, dificultándome en una conducción tan suicida como aquélla, pero mi propia rabia, mi exasperada ira, superaba todos esos inconvenientes, convirtiéndome casi en una fiera herida pero dispuesta a morder a su enemigo mortalmente antes de rendirse a la impotencia.

Empecé a oír silbatos policiales, sirenas de coches-patrulla y todo un concierto de ese género en las repletas calles de Manhattan, que nosotros habíamos convertido en un circuito infernal, donde los coches en cadena y los frenazos violentos y desesperados, se iban sucediendo sin reposo.

En un momento de la carrera, mi perseguidor giró la cabeza, para comprobar si era seguido aún, tras haber doblado tres curvas seguidas a una velocidad de vértigo, subiéndose incluso sobre las aceras.

Era un hombre, aunque llevaba un pañuelo al rostro, hasta el puñete de su nariz. Esta era halconada, judaica, y bajo un sombrero de lona impermeable, vislumbré mechones de pelo negro salpicados de numerosos lunares de canas muy blancas. Rápido, volvió a prestar atención a su coche y al tráfico, intentando escapar de mí. Vi en su zurda un potente rifle de repetición, último modelo, provisto de silenciador. Un arma digna de un profesional del crimen, pensé, mis mandíbulas con rabia.

No parecía viajar nadie más en el vehículo, a menos que lo hiciera tumbado en el asiento posterior, sin hacerse visible. Aunque me dolió mucho el intento, utilicé sólo mi brazo zurdo para conducir, y saqué la mano diestra por la ventanilla, disparando sobre el coche adversario otras dos veces.

Tuve mucha suerte en eso. Oí el reventón de uno de los neumáticos elegidos como blanco. El coche, lanzado a una velocidad fantástica, empezó a zigzaguear con violencia, mientras perdía aire con rapidez y aumentaba el peligro de catástrofe. Su conductor, hábilmente, empezó a frenar, reduciendo velocidad y buscando la acera para apoyarse en el bordillo y evitar lo peor.

Yo aceleré, seguro de darle alcance por fin. Y ahí tuve mi racha de mala fortuna.

En ese momento tuve que meter el freno a fondo, el coche de Ada Sturges pegó un respingo formidable y casi no fui de bruces contra la furgoneta comercial que acababa de salir de una calle adyacente, cruzándose en mi camino.

Evité la colisión, que hubiera sido trágica para mí, y frenando constantemente, fui a saltar la acera, rodé por ella, entre gritos de terror de los peatones, que se apartaban con presteza, para terminar empotrando el morro plateado del deportivo en un escaparate de una amplia tienda.

Millones de vidrios volaron, hechos añicos, por encima de mi cabeza y fueron a estrellarse contra el parabrisas, que se hizo azúcar, mientras el coche se iba arrastrando, entre sillones, camas y colchones del establecimiento adonde me dirigí en ese desesperado instante. Un último impacto casi me lanzó contra el volante, aunque evité el choque tirándome de lado en el asiento, para evitar que el volante se clavara en mi pecho o en mi rostro. Y allí me quedé, envuelto en vidrios, destrozos y un caos que aumentaba con el ulular de sirenas y de silbatos policiales, cada vez más próximos.

Perdí el conocimiento en ese momento, cuando unos asustados empleados del establecimiento se esforzaban por sacarme del asiento lo antes posible.

Cuando lo recobré, todo había pasado. Y estaba de nuevo en el

hospital, ante la bella enfermera Larsen y el oscuro teniente Roundtree...

* * *

—Si tiene que indemnizar a todos los que dañó en su carrera, Lamont, no pagaría ni con sus ingresos de diez años —suspiró el teniente con tono de reproche—, ¿Quién se creyó que era? ¿Mario Andretti?

—Tenía que coger a aquel maldito asesino... —gemí.

—Lo sé, lo sé. Pero fracasó, Lamont. El tipo no estaba ya en el coche, cuando lo encontramos medio volcado en otra calle cercana, con un neumático reventado. Debió herirse ligeramente, porque había manchas de sangre en asiento y parabrisas, pero no sería muy grave la cosa cuando se esfumó en pocos minutos. ¿Llegó a verle?

—Muy poco. Llevaba pañuelo al rostro y un sombrero impermeable. Era moreno, pelo negro con muchas canas a mechas. Y nariz halconada, muy pronunciada.

—Quizás sea suficiente con esos datos, no sé. De modo que usted era el señor Sturges registrado en aquel hotel...

—Sí —admití sombrío—. Nunca debí de ir. Ahora, esa mujer estaría viva...

—Quizás sólo intentaron matarle a usted. O a ella. O quizá a ambos a la vez. Eso lo sabremos cuando esta maldita maraña se desenrede, Lamont. No se culpe de nada. Pero empiezo a pensar que relacionarse con usted trae mala suerte...

—Yo también. ¿Tendré que pagar los daños causados durante la persecución?

—Por fortuna, no. He arreglado eso con los aseguradores de ambos coches. Sabemos que el tipo enmascarado alquiló ese coche con nombre falso. No sacaremos mucho por ese lado. En cuanto a usted, tuvo fortuna. La bala no le causó daños en huesos ni órganos vitales. Una vez extraída, sólo es cuestión de vendajes y reposo. ¿Me ha entendido bien?

—Sí, creo que sí —me lamenté.

—También haré la vista gorda al hecho de que llevase una pistola sin licencia —murmuró Roundtree de mala gana—, Pero si vuelve a infringir la ley, por muy amenazado que esté, le haré meter en una celda por un tiempo prudencial, no lo dude.

—De modo que deberé dejarme mostrar como blanco indefenso contra cualquier hijo de perra que pretende coserme a balazos...

—Tendrá que conformarse con el hombre de escolta que lleve.

—¿Sirvió acaso para salvar la vida de la señora Sturges, teniente?

—No. Pero tampoco su pistola sirvió. Esas cosas no pueden evitarse por muy rápido que uno actúe. El asesino siempre lleva ventaja, sobre todo si es un profesional, como parece en este caso. ¿De qué le habló la señora Sturges mientras estuvieron juntos los dos?

—De pocas cosas. Su marido, según ella, está en Nueva York bajo nombre falso. Vino en compañía de mi ex prometida en el mismo vuelo, según parece.

—¿No le dijo por qué? Ella me habló también de eso a mí...

—No me dijo nada. Pero sospechaba que me buscaban a mí.

—¿A usted? —los ojos del teniente de color me estudiaron atentamente—. ¿Cree que ella tenía razón?

—¿Cómo puedo yo saberlo? ¿Para qué iban a querer nada de mí mi ex novia y su amante? Es ridículo imaginar algo parecido.

—Pero a ella la asesinaron cuando estaba con usted. No creo que fuese por accidente. La idea era matar a los dos a la vez, Lamont.

—Menos mal que tengo siete vidas, como los gatos —suspiré—. Pero ya he perdido cuatro al menos...

—Y ha vuelto al hospital —murmuró Audrey Larsen, arreglándome el embozo con sus suaves manos—. Va a empezar a ser costumbre verle por aquí, Steve.

—Desgraciadamente, a no ser porque eso me permite ver- la de nuevo —sonreí con inmejorable sentido del humor y una moral a prueba de bomba.

—Prefiero verle fuera de aquí, Steve —confesó Audrey con un suspiro—. Esta noche, apenas entré de servicio, el doctor Hillman me dio la noticia. No podía creerlo. Al principio me asusté, por si era algo grave.

—Y luego has tenido que volver a ocuparte de mí...

—Esta vez apenas si fue nada. Por suerte no perdiste mucha sangre. Si no, ahora, sin Norman Killey como donante, ¿dónde hubiéramos buscado tu grupo sanguíneo?

—Pues ya podéis irlo buscando para cuando ingrese de nuevo —reí de buena gana, ganándome una mirada fulminante del teniente Roundtree.

—No bromeé con esas cosas —me reprochó—. Le dejo aquí en buenas manos. Seguiré buscando a Bruce Sturges por todo Nueva York. Tal vez él me diga lo que vinieron a buscar él y Marion Adams desde tan lejos. Por cierto, creo saber ya cómo consiguió su ex novia la dirección de su apartamento, Lamont.

—¿Cómo fue? —me interesé vivamente.

—Su empresa, la Century de publicidad, pidió referencias tuyas cuando se presentó a ella para ocupar un puesto de dibujante, ¿no es cierto?

—Así es —asentí—. Les di los datos de las empresas para las que he trabajado anteriormente en San Francisco...

—Pues parece ser que la propia Marion Adams obtuvo la dirección de la Century antes de venirse hacia acá, según nos ha comunicado su antigua empresa de San Francisco, la Agencia Publicitaria California.

—De modo que me buscaba a mí, después de todo... —dije roncamente, con la mirada fija en un punto indeterminado del vacío.

—Eso parece. Sin duda, alguien de la Century le facilitaría sus señas al presentarse como su prometida aquí. Eso aclara, cuando menos, un misterio.

—Pero deja otro en vilo, teniente: ¿por qué me buscaban a mí y cruzaron todo el país para ello?

Roundtree meneó la cabeza y se encogió de hombros, camino de la salida.

—Cuando sepamos eso, quizás el asunto se haya terminado —fue todo cuanto dijo antes de abandonar la estancia.

Me quedé pensativo. Audrey se sentó en el borde de mi lecho. Me miraba fijamente. Ahora la miré yo. Al sentarse, la falda blanca de su uniforme dejaba ver sus piernas. Eran hermosas y bien delineadas. Las blancas medias le daban cierto aire entre erótico e infantil que resultaba inquietante.

—Steve, estoy asustada... por ti —musitó con voz más dulce de lo habitual.

—Audrey... —alargué una mano y toqué la suya. Apreté aquellos dedos que sabían aliviar el dolor tan suavemente.

—Oh, Steve, no... —trató de apartar su mano, pero yo la apreté con más fuerza—. Sé lo que sucedió entre tú y esa mujer asesinada. Estabais en el mismo hotel, como marido y mujer...

—Nunca dije que fuese un santo.

—No es eso. No quisiera fijarme demasiado en ti... y luego ser una aventura más en tu vida. Podría resultar muy... penoso, Steve.

—Audrey, tú nunca puedes ser una aventura para mí —dije atrayéndola hacia mí insensiblemente—. Desde un principio me fascinaste, querida...

—Oh, Steve, no... —gimió, sintiéndose sin duda más débil para resistirse.

La besé en la boca. Sentí la humedad jugosa de sus labios. Ella respondió a ese beso largamente. Y supe que esto era muy distinto a mi aventura fugaz con Lucy, la camarera, o con la infortunada Ada Sturges...

* * *

—No, Lamont. Yo no di esos datos a la chica. Debió de ser alguien de esta oficina, quizás mi propio esposo.

Asentí, mientras la señora Farrow iba de un lado para otro de su despacho, ordenando papeles en su fichero. Tenía una figura alta, esbelta y majestuosa, de rara belleza que se hacía más notable en su rostro seductor y sensual.

—No es que tenga nada que reprochar a nadie, señora Farrow —respondí—. Sólo quería estar seguro de que mi exnovia me buscaba a mí en Nueva York, porque es algo que no logro entender.

—Lo imagino, después de lo que me contó usted sobre su fallido noviazgo en San Francisco —afirmó Amanda Farrow—. Yo, personalmente, no le hubiera dado ese dato a su ex novia para no crearle a usted situaciones violentas.

—Eso quizás hubiera salvado la vida de ella, pero alguien le dijo dónde vivía yo, y acudió allí, forzando incluso la puerta, en su afán por entrevistarse cuanto antes conmigo. Pero alguien vigilaba sus pasos y la mató.

—¿Quién pudo ser? —enarcó Amanda sus finas cejas con gesto interrogante.

—No lo sé. Tal vez su propio amante, Bruce Sturges. Tal vez otra persona... Nunca imaginé que todo lo que sucede tuviera su origen en San Francisco. Es algo que carece por completo de sentido...

Tal vez ella le mencionó a mi esposo cuál era el motivo de su apremio por verle, Lamont —sugirió Amanda—. Eso, si fue él quien le proporcionó el dato de su domicilio, como imagino. ¿Quiere que lo comprobemos?

—Por favor, si no le causa demasiada molestia... —rogué.

—En absoluto, amigo mío —sonrió ella suavemente, sentándose en su mesa de trabajo con aquel aire dominante y seguro de sí que la caracterizaba—. ¿Cómo va ese hombro?

—Bastante bien. El doctor Hillman se resistía a darme el alta, pero insistí en que prefería convalecer en casa, dibujando para la empresa, que en el hospital, cuyo ambiente me agobia y a veces hasta me asusta...

—¿Sigue sintiendo esos extraños terrores? —preguntó ella, descolgando el teléfono y comenzando a marcar un número.

—Con menos intensidad y frecuencia, pero los siento a veces. Tal vez me está curtiendo en esto de correr peligros a cada momento...

Ella asintió, sonriente, esperando la comunicación. Probó por segunda vez. Luego, colgó, frunciendo el ceño.

—Es raro. El siempre acostumbra a quedarse hasta más tarde, en la planta de dibujantes, en el último piso... Es el último en abandonar el edificio. Si quiere subir usted mismo y comprobar si está allí para preguntarle lo que desea...

—Sí, gracias, señora Farrow —acepté, incorporándome vivamente—. Ha sido muy amable. Se porta muy bien conmigo, para lo poco que puedo trabajar para la empresa...

—Ya saldrá de todo esto —me alentó ella, risueña—. Usted vale, y quiero conservarle, eso es todo. Si puede dibujar, dibuje. Si no, espere el tiempo que sea preciso.

—No, no. Haré esos bocetos para la campaña publicitaria de esos alimentos en conserva, seguro. El brazo izquierdo no me molesta cuando dibujo, señora Farrow.

—Como quiera —me miró mientras iba a la salida—. Y ya que vamos a ser compañeros de trabajo en lo sucesivo, llámeme

simplemente Amanda, ¿quiere, Steve?

—Sí, gracias —murmuré, algo cohibido, saliendo del despacho.

Aquella mujer, aunque joven y hermosa, tenía la virtud de coartarme. No sé si sentía respeto por ella, o admiración. De todos modos, era la esposa de Norman Farrow. No pensé que fuera fácil tener un romance con ella.

Tomé el ascensor para el último piso, el destinado a los dibujantes fijos de la casa, que montaban en sus caballetes y mesas de trabajo los carteles definitivos para cualquier campaña, cuando no los bocetos para un *spot* de televisión o un filme publicitario.

Mientras subía, una idea tonta acudió a mi cabeza. Días atrás, alguien había arrojado desde aquel edificio una jardinera de piedra sobre mí. No se supo de dónde, pero existían sospechas de que muy bien pudo ser desde la propia azotea. Y eso pertenecía al departamento de dibujantes que dirigía Norman Farrow...

Ahora, Amanda me había sugerido que quizás su marido dio a Marion las señas de mi domicilio. De modo que él *sabía* que ella iba a estar allí...

Traté de apartar de mi mente esas ideas. Era ridículo por completo pretender relacionar a Norman Farrow con todo lo que estaba sucediendo. El nada tenía que ver con San Francisco, con Marion, con los Sturges... ¿Por qué iba a tener relación alguna con los atentados de que yo había sido víctima?

El ascensor se detuvo. Salí del mismo. Era ya tarde. Mi reloj marcaba las nueve y media de la noche. Pero según Amanda, a esas horas su marido continuaba trabajando en la planta alta, repasando proyectos y bocetos hasta muy avanzada la noche. Incluso acostumbraba a tomar allí mismo un bocadillo y una cerveza por toda cena, lo había oído decir.

Todo estaba solitario en aquella planta más alta del rascacielos comercial. Las luces estaban en su mayoría apagadas. Pero se veía bien, si bien con gran contraste de luz y sombra, en el corredor y tras la gruesa puerta vidriera que conducía a las instalaciones de los dibujantes, todas ellas encristaladas para aprovechar al máximo la luz natural. Avancé hacia el fondo, pasando la gran puerta de vidrio color humo. Un par de luces distantes llenaban de contrastes las mesas de trabajo de los dibujantes, ahora desiertas. Al otro lado de los ventanales asomados a la azotea, Nueva York era un ascua de luz en la noche, en fantasmagórica visión.

—¡Señor Farrow! —llamé con voz clara y potente—. Señor Farrow, ¿está ahí?

No me respondió nadie. Tal vez su mujer estaba equivocada esta vez, y Norman Farrow se había ausentado sin despedirse de

ella. Parecía un tipo capaz de eso y de mucho más.

—Señor Farrow, soy Steve Lamont —llamé de nuevo. Y esperé una respuesta que no llegó.

Crucé la sala de dibujantes. Al fondo, estaba la oficina personal de Farrow, rodeada de paneles de vidrio escarchado. Había la luz de un flexo de sobremesa en ella. De modo que él no podía estar lejos. No se hubiera ausentado dejando encendida la lámpara de su mesa de trabajo.

Avancé hacia ese despacho. De repente, el vacío, el silencio y el juego de luces y sombras en la desierta nave de dibujantes, cobraba un aspecto casi ominoso y yo empezaba a sentir, irresistible, el extraño miedo de siempre.

Golpeé con los nudillos en la puerta que ostentaba el nombre de Norman Farrow. No contestaron tampoco esta vez. Empujé la puerta, que cedió sin problemas.

La lámpara de Flexo lucía encima de la mesa, sobre papeles y apuntes, dibujos y bocetos desordenados. La silla de Farrow estaba vacía. No se veía ni rastro de él. Pero una americana color gris oscuro colgaba del respaldo del asiento, prueba inequívoca de que el marido de Amanda no se había marchado todavía.

—¿Dónde diablos se habrá metido? —refunfuñó, acercándome a la mesa desordenada del dueño de aquel despacho.

Eché una mirada distraída a todos los bocetos y dibujos desparramados bajo el chorro de blanca luz que contrastaba con la oscuridad restante en el despacho. Mis ojos, casualmente, se fijaron en un sobre de papel manila, escrito a mano, que reposaba encima de la mesa, junto al calendario de Farrow. Se sorprendió al leer el remitente:

«Marion Adams, apartamentos Pacific, San Francisco de California»

El sobre estaba matasellado en San Francisco dos días antes. Había sido enviado por correo aéreo. Arrugué el ceño, perplejo. ¿Por qué Marion tenía correspondencia con Norman Farrow?

—Eso no tiene sentido. Lo envió *antes* de venir a Nueva York...

Tomé el sobre. Lo abrí. Para ser de papel manila, tamaño holandés, no poseía apenas nada en su interior, al menos ahora. Sólo una pequeña hoja de papel doblada, que extraje sin vacilar. La desplegué bajo la luz. Para asombro mío, leí su texto, con la misma letra del sobre. La letra de Marion...

«Apreciado señor Farrow: Gracias por contestar a mi llamada, prometiendo ayudarme a dar con mi ex prometido, Steve Lamont. Le ruego mantenga esto todavía en secreto entre nosotros. Salgo de inmediato hacia Nueva York. Pero tengo miedo de que me llegue a suceder algo antes de poder

ver a Steve y contarle todo. Por eso le envió el original de su dibujo. Steve nunca imaginó lo que ese dibujo vale realmente. Debe de saberlo lo antes posible, no vaya a peligrar también su vida.

»Guarde este original donde le sea posible, sin que nadie lo sepa. Su valor es tal, que significa la muerte para muchas personas.

»Hasta pronto. Atentamente,

»Marion Adams.»

Me quedé perplejo. ¿A qué dibujo podía referirse Marion con tanto misterio y urgencia? Traté de recordar...

Sí. Yo había hecho un dibujo a Marion en un club nocturno, cierta noche. Incluso recordaba que había captado con mi lápiz a Bruce Sturges, al fondo, sentado con otras personas. Pero no lograba verle sentido a todo aquello. Ningún sentido.

Dejé sobre y papel donde lo hallara. Miré en torno mío, cada vez más inquieto y preocupado. Ya no era sólo un vago temor, la difusa sensación de que había algo amenazador en aquel lugar silencioso y desierto. Era casi convicción. De repente, todo tenía una atmósfera siniestra alrededor mío. Como si la Muerte volviera a rondar muy cerca de mi persona...

Había un pequeño cuarto de aseo al fondo del despacho de Norman Farrow. La puerta del mismo estaba cerrada. Me dirigí a él, presa de una indefinible corazonada que no hubiese querido experimentar.

Empujé la puerta. Di la luz, tras dar con el interruptor a un lado. Había un pequeño lavabo, un retrete y una ducha. La cortina de plástico azul de ésta, aparecía corrida. Pero la luz reveló que había algo oscuro dentro de la ducha, sobre el plato.

Fui rápido y tiré de la misma, tras empuñar con decisión una pequeña banqueta, dispuesto a estrellarla sobre quien fuese.

No hacía ninguna falta la banqueta. La persona que yacía en la ducha no podía causar ya daño a nadie. Estaba muerta. Con los ojos desorbitados, la boca llena de sangre. Y el cuello cortado de oreja a oreja con algo afilado, muy afilado...

—Dios mío... —murmuré—. Norman Farrow... También asesinado.

Y entonces, entre los dedos agarrotados de su mano derecha, descubrí un trozo de papel grueso, granulado, que me era muy familiar. Papel de dibujo. Del que yo utilizaba habitualmente, de color ligeramente ocre...

Me incliné. Le quité dificultosamente, de los dedos bañados en sangre, aquella punta de hoja de papel dibujada. Reconocí en el acto el cabello que en ella era aún visible entre las manchas

sanguinolentas. El cabello de Marion...

Aquel había sido el original de mi dibujo de San Francisco. Al parecer, el fantástico e incomprensible motivo de tanto crimen, de tanta sangre...

CAPITULO IX

Este no era el original.

Se trataba de una fotocopia. *Mi* fotocopia de aquel casi olvidado boceto donde traté de reflejar toda la serena belleza de la mujer que creí digna de amar y ser amada.

Y éste estaba completo, intacto en mis manos. Lo había conservado desde entonces, cuando quise conservar la imagen de Marion tal como la viera mi lápiz. Lo cierto es que casi había olvidado que guardara aquella fotocopia, como había tratado también de olvidar a la propia Marion a mi marcha de San Francisco.

Pero lo cierto es que el retrato continuaba allí, que la fotocopia seguía en mi poder. Ahora ya sabía lo que fue a buscar alguien en mi ausencia, mientras convalecía en el hospital. Lo que quizás buscaba también Marion cuando me visitó en mi apartamento y fue asesinada. Lo que había motivado que pretendieran asesinarme varias veces, sin conseguirlo. Lo que trajo a los Sturges y a la propia Marion a Nueva York.

Simplemente esto: una vulgar fotocopia de una hoja de tamaño doble folio, con un dibujo el carboncillo de Marion Adams, mi ex novia, en un club nocturno de San Francisco, llamado Reno Club, la noche del 15 de mayo de 1980, según había trazado yo mismo bajo mi firma, al regalarle el original a Marion.

Comparé el trozo de original manchado de sangre que obtuviera de los crispados dedos del difunto Farrow, con la parte correspondiente de mi fotocopia. Respiré hondo.

No había duda alguna. Era el mismo dibujo que yo entregara a Marion tiempo atrás, en San Francisco. El resto del original, sin duda, estaba ya en poder del asesino.

Volví a dejar la fotocopia en la mesa, bajo la luz de la lámpara de mi living. Me pasé los dedos por el cabello, sintiendo arder mi piel. Pero ahora no tenía miedo. Ya no. Sólo horror. E incompreensión.

Si aquella fotocopia se había librado de caer en manos del asesino cuando visitó mi piso en dos ocasiones, fue simplemente porque nunca estuvo con el resto de mis dibujos, archivados en un armario, ni con mis pertenencias habituales para dibujar. Esa fotocopia había estado, en todo momento, mucho más a la vista. Y, sin embargo, nadie dio con ella, quizás por esa misma razón. Porque yo nunca traté de ocultarla, ya que no tenía valor alguno para mí, desprovisto de su inicial valor sentimental. Doblada, como un papel cualquiera, estuvo siempre dentro de un libro, sobre el estante del living, junto con otros siete u ocho libros de arte publicitario y técnicas de publicidad y todo eso. Al alcance

de cualquiera.

Y, sin embargo, era el móvil de una serie de horribles crímenes.

Volví a contemplarlo, pensativo, sombrío. No era Marion la que importaba allí en esos momentos. Su sonrisa lánguida, que tanto me había engañado, ya no era el motivo central del tema dibujado a vuelapluma en un momento cualquiera, dentro de un club nocturno como cualquier otro.

Era lo de atrás. Las figuras y rostros del fondo, apenas bocetados, pero que eran claramente identificables ahora: Bruce Sturges, una pareja en otra mesa... Y la persona que se sentaba junto a Sturges, charlando con él, cigarrillo en mano.

Había identificado en seguida a aquella persona. Su rostro fue como un trallazo para mí. Un bofetón terrible de sobresalto, de incredulidad. Era alguien que no tenía por qué estar allí, que no encajaba en aquel dibujo.

Estaba seguro de haber dado con la clave de todo. Era aquel rostro, aquella persona.

El asesino.

Me puse en pie, estremecido. Alcé los ojos, con un auténtico escalofrío de temor y de inquietud. Había razón para ello.

No estaba solo en el piso. Frente a mí, estaba la persona del dibujo. Y detrás de esa persona, un hombre de facciones duras, nariz halconada, pelo negro, rizado, salpicado de mechones blancos. Ambos empuñaban pistola. Y ambas con silenciador.

—Buenas noches, Steve —me saludó la misma persona que aparecía en el dibujo, tras de Marion. La persona a quien yo había dibujado ya *dos* veces, aunque una de ellas fuese sin advertirlo siquiera—. ¿Sorprendido?

—No mucho —suspiré—. Creo que en el fondo te esperaba. A ti y a tu esbirro.

—Ahora sabes ya la verdad, ¿no? —señaló al dibujo fotocopiado, con cañón de su Walther calibre 45.

—Claro —asentí—, Pero no la entiendo.

—Es fácil —sonrió durante. Sus ojos centelleaban al reflejo de la luz de mi lámpara de flexo—. Mi verdadero nombre es Jennifer Hatfield. En San Francisco me conocen como la Reina de la Droga del Pacífico. ¿Vas entendiendo?

—Un poco. La enfermera Audrey Larsen *no existe* en realidad, ¿verdad?

—No, no existe —rió Audrey roncamente. Ya no parecía la enfermera eficiente, seductora y capaz de volver loco a un hombre con su dulzura. Parecía lo que era: una mujer capaz de asesinar fría y deliberadamente a cualquiera—. Pero Jennifer Hatfield fue enfermera antes de traficar en drogas y hacerse

millonaria, Steve. Por eso cubre con eficiencia el puesto de la inexistente Audrey Larsen que te atendió en el hospital desde casi tu mismo ingreso.

—De modo que era eso: ingresaste justo cuando yo lo hacía en grave estado...

—Casi, casi —rió ella suavemente—. No podía saber que saldrías vivo del accidente provocado en tu coche. Cuando lo supe, me enteré de que en el hospital había vacantes tres plazas de enfermeras. Obtuve una de ellas fácilmente. Ya te dije que había sido muy eficiente en esa materia. Y conseguir documentación falsa es una de mis especialidades. Piensa que la Reina de la Droga de San Francisco tiene una perfecta organización tras sí.

—Pero no me remataste en la clínica...

—Hubiera sido demasiado arriesgado, Steve. No soy tan estúpida ni impulsiva. Todo tiene su momento, su técnica. Lo importante era ver si sobrevivías. Y si era así, ganarme tu confianza, ser tu amiga, a ser posible tu amante... y tratar de eliminarte en su momento, sin que nadie relacionase a Audrey Larsen con tu muerte.

—Fría y cerebral siempre, ¿no es así? —comenté con sarcasmo.

—Siempre, Steve. Te equivocas mucho con las mujeres. Marion te resultó una fulana. Y yo un enemigo.

—Con las mujeres bonitas siempre se corre un riesgo. Supongo que ahora ya no tengo escapatoria.

—Lo siento. Ya no. No puedo hacer otra cosa.

—Pero ¿por qué, Audrey, por qué? Perdona si sigo usando tu falso nombre, pero no podría llamarte Jennifer ahora...

—Estás disculpado —sonrió, desdeñosa—. La razón la tienes ahí, ante ti. Lo descubriste en las oficinas de la Century, ¿no? Al hallar el cadáver de Farrow...

—Así es. Te he reconocido en ese dibujo, Audrey. Pero no veo la razón para...

—La verías pronto. Cuando Jennifer Hatfield sea procesada en San Francisco, dentro de unos meses, ante un comité federal, como sospechosa de un alijo de drogas y un triple asesinato de policías federales en la noche del quince de mayo de 1980 en la propia ciudad de San Francisco.

—¿Tú estás pendiente ahora de un procesamiento semejante?

—Sí, Steve. Y todavía no se ha abolido totalmente la pena capital en California. Pasaría a esperar mi turno en la cámara de gas, para ocuparlo en cualquier momento, si se me encontrase culpable. Pero tengo una coartada espléndida para esa noche, montada perfectamente por mí y por unos poderosos e influyentes

amigos que me deben grandes favores y están obligados a apoyarme. Mi coartada es sólo. Más de diez personas respetables, fuera de toda sospecha, certificarán que esa noche del quince de mayo de 1980, yo estaba muy lejos de San Francisco, justamente en Chicago, y que no me moví de esa ciudad hasta el día diecisiete. Incluso han logrado amañar reservas de avión, alojamiento en un hotel y toda clase de detalles para engañar a los jueces y hundir la acusación. Y contra todo eso, surge un estúpido dibujante y, con un simple dibujo, lo arruina todo. Ese boceto, Steve, rompería toda coartada. Probaría, sin lugar a dudas, que Jennifer Hatfield estuvo esa noche en San Francisco y no en Chicago y que, por tanto, pudo asesinar a esos policías y traficar con esas drogas.

—Dios mío... —gemí, cayendo sentado en el asiento que ocupaba antes, seguido por los amenazadores cañones de las armas de mis visitantes—. Es eso...

—Ya ves qué simple: un dibujo con una fecha. Mi rostro, inconfundible. Y una coartada hecha pedazos. La sombra de la cámara de gas para mí. ¿Comprendes ahora? Supe que Marion tenía ese dibujo, a través de Bruce Sturges, en San Francisco. Y que tú tenías una fotocopia del mismo, que hiciste esa misma noche, en una máquina pública, al salir con Marion del club.

—¿Te relacionas con Sturges, entonces?

—Hemos colaborado mucho él y yo —rió Audrey con ironía—. Su industria de conservas es un buen medio para distribuir la droga por el país sin que nadie sospeche. Eso le permite ganar más dinero que sus negocios. Por ello está asustado con la investigación federal y debe colaborar conmigo. Su misión era seguir a Marion, obtener ese original a cualquier precio, mientras yo buscaba tu fotocopia, querido.

—De modo que por eso vino con Marion aquí. Fingiendo ayudarla...

—Eso es. La señora Sturges sospechaba algo, desde que interceptó una conversación telefónica entre su marido y Marion. Por eso les siguió a Nueva York. Creí que te lo contaría todo a ti.

—No lo hizo. No llegó a hacerlo, sin duda.

—Pero lo hubiera hecho. Por eso había que eliminarla también. Como a Marion. Ella, la muy estúpida, me burló sin embargo. No podía saber que envió el original a Norman Farrow, a tu empresa de esta ciudad, temiendo ser víctima mía. Pero acabé sospechándolo, al ver que ella conocía bien tu dirección. Sólo en la Century podían haberla informado. Puse gente mía a vigilar, y me dijeron que Farrow era quien recibió a Marion Adams a su llegada a Nueva York. El resto era fácil de imaginar.

—Pudiste entrar dos veces en el edificio de la Century. Una para matar a Farrow, otra para arrojarle una jardinera de piedra...

—No. Sólo entré una vez. La otra fue Max —señaló a su siniestro compañero, que sonrió glacial, con sus negros ojos como cuentas de azabache, brillando fijos en mí—. Max es conocido tuyo, ya sé. Le identificaste muy bien cuando liquidó a la pobre señora Sturges tras un apasionado idilio contigo, en un hotel de lujo. Para nosotros no es difícil entrar en cualquier sitio. Ya te dije que la organización es fuerte.

—Y tú eres su cerebro...

—Así es. Ahora que ya lo sabes todo, cariño, creo que tengo que enviarte a la eternidad, junto a Marion, Farrow... Sturges y tantos otros.

—¿Mataste *también* a Bruce Sturges? —resopló, aterrado.

—¿Qué querías que hiciera? —se encogió de hombros, riendo—. Sabía demasiado y estaba asustado. Dos cosas muy peligrosas en un hombre demasiado débil y presionado por federales que confían en que termine rompiendo su silencio y confesando de plano, a cambio de un buen trato en la condena... Encontrarán su cadáver en cualquier momento, dentro de algún cubo de basura...

—Eso me recuerda algo —dije, alzando una mano, sudoroso y pálido sin duda alguna—. ¿Y el pobre Killey? ¿Por qué matasteis a mi donante de sangre también? El nada tenía que ver con todo esto...

—Mi querido Steve, el tal Killey era algo más que un tipo con un grupo raro de sangre. Era drogadicto. Tomaba una clase de droga que alteraba su sangre considerablemente y le producía crisis de un miedo neurótico especial, parecido al que tú sufrías a veces... Killey adquiría droga a nuestra organización, que cubre varias ciudades del país y no sólo la costa del Pacífico. Killey, al salir de donar sangre, me vio en el exterior del hospital en una ocasión, hablando con Max. Y Max, mi querido Steve, es mi hombre de confianza en Nueva York. Pero Max era conocido de Killey. Este se quedó sorprendido al vernos. E imaginé el resto. Podía mencionar en cualquier momento ese detalle a alguien y echarlo todo a rodar. Si sospechaban de mí en el hospital como ladrona de fármacos, pongamos por caso, me arrestarían. Y descubrirían que mis huellas y mis datos correspondían a Jennifer Hatfield y no a ninguna Audrey Larsen, derrumbando mi plan y hundiéndome definitivamente. No se pueden correr riesgos en mi oficio, Steve. Ordené a Max que le silenciara. Y Max es obediente. Lo hizo.

—Es horrible... —me estremecí—. Todo es horrible, Audrey. Me

da horror pensar que existan seres como vosotros.

—Lamento escandalizarte. El mundo es de los fuertes como nosotros, no de los mediocres como tú... ¿Creías de veras que el pobre Killey te había contagiado ese miedo neurótico que te asalta a veces? Estabas en un error. El doctor Hillman no sabe que el medicamento que te recetó contiene una reacción especial, dado tu grupo sanguíneo. Cuando supe que sentías lo mismo que Norman Killey, comprendí que la clave debía de estar en tu medicación, y comprobé la fórmula de las cápsulas que tomas para tu convalecencia. Así era. De modo que tu miedo, realmente, sí estaba en tus venas. Se transmitía a los nervios por una alteración en el riego sanguíneo, evidentemente, eso es todo.

—En realidad, había motivo para tener miedo —comenté.

—Sí. Siempre estuviste condenado a morir, desde que trazaste ese estúpido dibujo. Lo siento por ti, Steve. Me hubieras gustado como amante, pero no puedo correr riesgos ahora, antes de ese juicio, compréndelo... Adiós para siempre, querido.

Su arma iba a disparar sobre mí. Max, sonriente y lejano, se limitaba a ser espectador del desenlace del drama.

* * *

—Yo que tú no apretaría ese gatillo, Audrey —le dije suavemente, con una sonrisa, alzando mis manos abiertas en un gesto amable.

Ella enarcó las cejas, mirándome por encima de su potente automática. Yo seguí:

—Sé que burlasteis al policía de servicio que me protege. Sé que entrasteis de nuevo por la azotea, sin ser vistos, desde alguna casa vecina. Pero todo eso, también lo sabía la policía, Audrey. O mejor, te llamaré ahora Jennifer, puesto que ha llegado el momento de llamar a las cosas por su nombre.

—¿Qué pretendes ahora? —desconfió ella—. Voy a disparar, Steve. No lograrás evitarlo con mentiras. La policía no sabe que estamos aquí Max y yo.

—Tiene que saberlo por fuerza, amor —reí—. Habrán sido testigos de excepción de toda la escena, no te quepa duda. Habrá un hermoso video para presentar como prueba a los federales y al jurado que debe sentenciar sobre tu caso.

—¿Estás loco? ¿De qué video hablas?

—¿No habéis visto eso ninguno de los dos —sonreí duramente, señalando al techo.

Ella y el siniestro Max siguieron mi mirada. Di su doble imprecación.

Cierto que la luz del flexo disimulaba bastante las cosas. Lo

suficiente para que nadie, viendo las luces apagadas del techo, imaginase que una de las lámparas era un objetivo de televisión en circuito cerrado.

—¿Qué significa...? —jadeó ella, palideciendo.

—Creo que es una cámara de televisión, Jennifer —dijo Max roncamente.

—Así es. Una cámara de televisión instalada aquí secretamente por la policía, después del asesinato de Marion Adams, a petición mía. El teniente Roundtree y su gente hicieron un buen trabajo. Por eso esta noche puse el flexo, para no permitir que un exceso de luz revelase la presencia del objetivo de la cámara. Todo esto ha sido grabado en una cinta de video desde vuestra entrada. Magnífica confesión para un jurado, ¿no te parece, Jennifer?

Ella soltó una blasfemia obscena, que nadie hubiera sido capaz de imaginar en labios semejantes. Estaba lívida, convulsa. Miró a Max, como buscando un asidero. Pero el tipo estaba blanco como el papel, guiñaba los ojos, y le temblaba la mano.

—Lo siento, Jennifer —suspiré—. Yo también sé jugar sucio, llegado el caso. Imagino que a estas horas, todo el edificio debe de estar rodeado por un ejército de policías armados, y los tejados infestados de agentes rifle en mano...

Como respuesta a mis palabras, sonó el teléfono. Max lo tomó, tras varios timbrazos, violentamente.

—¿Diga? —preguntó.

Escuchó algo. Lívido, colgó, mirando aterrado a su compinche.

—Es cierto, Jennifer —jadeó—. Lo están viendo y oyendo todo. Era ese maldito teniente negro. Estamos rodeados. Nos coserán a balazos si no nos entregamos.

Jennifer Hatfield, alias Audrey Larsen, me miró fríamente. Empezaba a serenarse. Me apuntó con su pistola. Temí lo peor. Total, no tenía mucho ella que perder.

—Puedo matarte, Steve —dijo fríamente—. Igual me condenarán por un crimen más.

—Puedes hacerlo, Jennifer. Ya no tengo miedo. Si eso te alivia en algo...

Su dedo tembló en el gatillo. Tragué saliva. Luego, ella bajó lentamente el arma. La dejó caer en la mesita y sonrió. Negó lentamente con la cabeza.

—No, Steve —dijo—. No tengo nada personal contra ti. Al contrario. Me gustas. Sería una tontería matarte. Ya no tiene objeto. Yo, siempre que maté a alguien, lo hice porque era imprescindible para mi supervivencia. Y eso se ha terminado ya...

Respiré hondo. Ella se dejó caer en una butaca. Max también soltó su arma y esperó, rígido, junto a la puerta. Cuando sonó el

timbre, fui a abrir. Roundtree entró con un grupo de hombres armados, más parecido que nunca a Sidney Poitier en su papel de héroe. Sonreí, moviendo la cabeza, mientras esposaban a los dos asesinos.

—Gracias, Audrey —dije. La miré—. Pudiste haberme matado y no lo hiciste. Para mí, siempre serás Audrey Larsen, la bonita enfermera de mis sueños. Jennifer Hatfield nunca habrá existido. Nunca...

—Creo que serás el único en pensar así, Steve —musitó—. Adiós. Y gracias por decirme eso.

Salieron de mi piso. Y de mi vida. Para siempre. Roundtree me contempló, admirado su gesto.

—Enhorabuena, amigo —dijo—. Es usted todo un tipo.

—Teniente, ahora sé por qué creía sentir miedo y me siento mejor —suspiré—. No me gustaba la idea de ser un cobarde.

Fui a por mi frasco de tabletas y lo arrojé a la papelera. Luego, miré a la puerta abierta, por la que había salido Audrey. O Jennifer, igual daba.

—¿Sabe, teniente? —murmuré—. Creo que esta noche me voy de juerga. A beber hasta emborracharme. Y a buscar a cualquier mujer complaciente. De ese modo olvidaré algunas cosas.

—¿Sentía algo por ella? —musitó el policía, señalando a la puerta con su pulgar.

—Es posible —admití—. Siempre he sido un tonto con las mujeres...

—La señora Farrow ha preguntado varias veces por usted, después de saber que su marido había muerto —me informó el teniente—. Parece muy interesada por su persona, Lamont.

—Mañana tal vez me ocupe de eso. Y en días sucesivos. Después de todo, ella es hermosa, joven... y ahora es viuda. Trabajamos juntos, de modo que... ¿quién sabe lo que puede pasar? Pero de momento, esta noche voy a beber a un cierto club donde trabaja una chica llamada Lucy. Eso me hará olvidar, supongo...

Tomé mi chaqueta y me encaminé a la salida. El teniente Roundtree no trató de detenerme. Estaba ocupándose de la fotocopia de aquel dibujo que había costado ya cuatro vidas humanas.

Yo salí a la calle. Respiré hondo, mientras los coches patrulla se alejaban de la zona, y en un coche celular, los dos asesinos eran conducidos a su destino.

Era el final de todo, pensé, contemplando ahora la calle desierta, tranquila. Sin peligros sobre mi cabeza.

Eché a andar a través de la calzada, respirando el aire fresco de la noche ligeramente lluviosa. El agua, en forma de menudas gotitas golpeó suave y agradablemente mi rostro.

Unas copas y la compañía de la opulenta Lucy me harían

olvidar por esta noche. Siempre hay algo que olvidar supongo.

Luego, al otro día, sería el momento de pensar en otras cosas. En el trabajo, en el presente, en el futuro... Y en Amanda Farrow, naturalmente.

Lo demás, sólo era pasado. Y el pasado ya no existe cuando empieza a ser eso, simplemente pasado...

FIN

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.